MECHAPPELL

Por Guillermo Reyes

UNO

En San Juan de Matanzas ya no encontraba ninguna razón de ser.

Perpetua se había embarazado de Jacinto, el chico que le ayudaba a recoger las frutas para las conservas. Exequiel admitía en su interior y en su corazón que había abandonado a su mujer yendo a la capital lo suficiente para que ella, aún con su recato hacia el sexo y fidelidad al matrimonio, acabara por meter en la cama al chico. Soy un pendejo. Mi mamá siempre pensó que lo era y no se cansaba en decírmelo. Mi Perpetuita me aceptó así tan inútil pa'l sexo y pa' ser hombre. ¡Ah!, qué idiota que le falle. A pesar de que Perpetua seguía viviendo en casa, la mamá de Exequiel sabía que no era de él. También había visto al chico muy arrimado. Ella se avergonzaba, pero pensaba que eran las consecuencias y estaba enamorada –lo que la hacía pensar irracionalmente fuera de las costumbres sociales de San Juan, como en las costumbres de cualquier familia en cualquier ciudad del mundo–, en realidad nadie en San Juan la juzgaba y eso la tenía tranquila. Su esposo era un tonto.

Una mañana, Exequiel esperaba el desayuno sentado en la banca de piedra que estaba fuera de la cocina. Ensimismado en sus pensamientos, se dio cuenta que el olor a maíz que salía del comal y llegaba hasta su nariz, ese que tanto le gustaba, de pronto había perdido el encanto. El padre de la criatura pasó frente a él saludando, pero no lo escuchó o quizá no quiso responder. Los árboles tiraban hojas arremolinándose sobre el patio y ya había pasado mucho tiempo en que fuera hora de recogerlas. Las jaulas de los conejos y los gallos estaban casi sepultadas con los animales dentro, parecían cuevas abandonados. No me merezco a Perpetua, eso ya lo sé, tampoco al viento, estas hojas, la calma o los animales. Mi madre me lo ha dejado claro, y mucho menos merezco que me dejen lo que tanto han logrado trabajando, ese dinero que no es para nada despreciable. Yo no hice nada por el negocio, aunque

nunca les he pedido una sola cosa, al contrario, esperaba que saliera la ayuda de ellos, de mis padres. Hasta parece que no soy su hijo, *chingao*. En ese mismo momento, como si sus pensamientos hubieran actuado de imán, un tecolote se posó en el árbol más viejo del patio.

A lo mejor ese sí me lo merezco.

–Es «lo malo», ¿no? Tú cómo ves –dijo Jacinto.

–Yo digo que solo es un tecolotito que anda de paso –dijo Exequel sin admitir la verdad, la verdad colectiva del pueblo.

–A veces hay que ser más intuitivos, Exequiel. A lo mejor por eso le va así.

Y se fue riendo sin fingir algún respeto por él.

Se le quedó viendo al animal, que aunque fuera de mal agüero para algunos no perdía su gracia natural. A la chingada, pensó Exequiel, ya no hay razón de ser.

DOS

En el año 2013 salió de San Juan sin un centavo para irse a trabajar a la capital de San Luis Potosí como chofer de un señor acaudalado, don Fernando Cianes. Confiaba tanto en Exequiel que lo llevó consigo a vivir la Ciudad de México en el 2017 para que continuara a su lado. Don Fernando le estimaba porque era humilde y era trabajador (con su baja estatura y sus lentes gruesos del astigmatismo, lo percibía como una persona bastante vulnerable. Casualmente, pensaba con ironía su jefe, es como un ácaro astigmata, muy pequeño). La familia Cianes se había hecho enormemente rica. A la empresa para la que trabajaba había dado mejores ingresos así que le hizo un favor llevándoselo consigo a la gran

ciudad. Si a su jefe le iba bien, a él le iría bien también, pensaba. Le dio una pequeña habitación en una casa de Polanco. Hasta le ofrecieron más dinero sin que él lo solicitara.

Cuando recorrían los ríos perezosos de tráfico de las calles de la ciudad con don Fernando, este siempre le pedía que pusiera su grupo favorito de finales de los ochentas porque decía que le hacía sentirse joven.

–A mí me da nostalgia esa música –le dijo una vez Exequiel.

–La nostalgia es dueña del hombre presente que piensa en su pasado con constancia, en una mejor versión de sí mismo donde aún no la jodía tanto, donde tenía muchas oportunidades y después se dio cuenta que lo desaprovechó todo. A mí me sitúa en el mismo momento y época, sin avanzar o atrapado pero sin tristeza sino positivo ante las circunstancias, sintiéndome bien y con muchos años por delante.

–Es una manera bastante buena de verlo, don Fer, aunque suena a esas drogas que traen los chicos de hoy para sentir que su vida vale algo.

–…

–Perdón, señor. Luego divago, ya sabe.

–Está bien, es tu verdad, Exequiel.

Con el tiempo, don Fernando fue enfermando, decía que era porque se exponía mucho a los químicos con los que trabajaban en la empresa. A pesar de que Exequiel lo llevaba de un lado para otro por la ciudad, incluso a la misma empresa, en realidad nunca supo a qué se dedicaba, solo lo veía entrar y salir a una gran bodega blanca. Siempre le decía que lo esperara afuera o que se fuera a pasear y llegara a una hora fijada. En las ocaciones en las que quiso rascarle al tema, don Fernando siempre le respondió con explicaciones inconexas o simplemente no respondía.

–Soy un ignorante, Exequiel, pero sé vivir y aprendo las reglas –le decía.

Cuando don Fernando cayó enfermo y ya no necesitaron de Exequiel, la familia no lo quiso conservar como empleado, le dijeron que era un ranchero ignorante. Los ignorantes eran otros, pensaba. Por ser feo, yo siento, lo siento en ellos, en cómo me miran, porque no soy como ellos, no soy pálido, tengo el hocico grande y no me sale el bigote tupido, aunque no son tan blancos, son como grises, al menos en su esencia, creo que es la esencia. Me visto bien, como ellos quieren y hago todo lo que quieren. No le dieron ni un centavo cuando lo corrieron aunque le dieron un montón de ropa y zapatos de don Fernando sin dudarlo, porque olía a viejo. Como que esperaban que ya se muriera, hijos de la chingada, pero tal vez solo estoy enojado porque a ellos sí les va a tocar herencia. Pinches herencias. Se quedó sin la habitación que le prestaban y tuvo que conseguirse otro lugar donde vivir de inmediato. Fue en un cuartito cerca de las Torres de Mixcoac, cerca de la zona que fue el manicomio de La Castañeda.

Su primer plan era continuar con lo que mejor sabía hacer. Hacerse de un coche estaba fuera de su alcance. Pensó que la renta de un Uber era una estafa, pero por algo debía empezar.

Un día, a meses de haber empezado, como si el mal agüero lo hubiera seguido desde San Juan, tuvo un accidente donde el auto quedó completamente inservible. ¿Fue un tecolote lo que recuerdo de haber visto antes del incidente? Es mi imaginación, no puedo dejar de pensar en eso, igual y el Jacinto tenía razón, me falta intuición. Se quedó con la deuda en las manos porque además, su licencia había vencido pocos días antes. Creo que necesito una limpia.

Entonces, para 2019, pensó en la solución que muchos capitalinos optaban para salir adelante, ser comerciante, vender ¿qué?. Como no contaba con mercancía y no tenía para invertir, se le ocurrió vender lo que la familia de don Fernando le había entregado después de su muerte. Algunas veces trató de vender fuera de los supermercados pero lo corrieron decenas de veces por no llegar a ningún acuerdo con los policías o los encargados, simplemente pedían más de lo que él podía ganar en un día porque vender zapatos o ropa no era cosa fácil, aunque los cigarros siempre dejaban de dinero rápido.

Algunos trajes eran William Fioravanti excesivamente caros y no pudo evitar venderlos a un ínfimo precio del original, una por necesidad y otra por ignorancia. Hasta que un día supo su verdadero valor proporcionado con ligeras variaciones por un comprador aprovechado

Exequiel había logrado instalarse frente a un banco sobre Insurgentes Sur, frente a un Liverpool (una zona con ciertas ventajas económicas en cuanto a paseantes), con la condición de que fuera después del horario de cierre. Algo a favor es que cerraba temprano y así los guardias asignados tendrían la seguridad de que un ladrón se lo pensaría dos veces al ver a un vendedor observando.

Un día, un hombre mayor que salía de los cajeros se acercó extrañado a ver unos zapatos que lucían muy elegantes sobre su caja.

–Disculpe, señor, ¿son copia?

–No, cómo cree. Son Tesoni originales.

–Querrá decir Testoni.

–Eso mero, señor. Levántelos para que los cheque. Si gusta probárselos, son del siete y medio.

–Qué bueno, son de mi número.

El hombre dudó un poco, al final los levantó y convencido se los probó sobre un tapete que llevaba Exequiel para la ocasión.

–¿En cuánto los tiene?

–Deme ochocientos por ellos.

El hombre se carcajeó brevemente y después añadió.

–No lo voy a hacer tonto, señor. A menos que sean piratas, estos zapatos son excesivamente caros, además están en buen estado, sería muy deshonesto de mi parte darle solo ochocientos pesos.

–Achis, no, señor, cómo cree, si algo conservo de mi vida de pobre es honestidad. Pues cuánto cuestan.

–Le doy dos mil por ellos.

Estos zapatos cuestan mínimo quinientos mil pesos, pensó el desconocido.

Exequiel creyó entonces que él mismo estaba siendo deshonesto, los había conseguido por nada, pero pensó que sería justo recibir esa cantidad por el hecho de que la familia Cianes no le había dado ni un peso por despedirlo. Además necesito salir de la deuda.

¿Tanto pueden costar unos malditos zapatos? ¿Y la gente paga por ellos?

–Hecho.

–¿Tienes más?

–Así es señor. Se los puedo traer otro día que se de la vuelta. También tengo esos trajes Foravati.

–Fioravanti, supongo. ¿A quién se los robo? –rio el hombre–. Disculpe, ¿y esos en cuanto los tienes?

–Mil quinientos.

–Nombre, mínimo sáquele unos tres mil pesos.

Ah qué pendejo soy.

–Sí, ¿verdad? Pero a ver si me los dan.

–Yo sí se los daba. ¿Cómo se llama usted?

–Exequiel, con equis.

–Bueno, Exequiel. Ahorita solo saqué dinero para unos tacos porque resulta que no aceptan tarjeta. Digo, nada me cuesta regresar al cajero, pero traigo prisa y suelo andar todo el tiempo en la calle de un lado para otro, así que luego me doy la vuelta por aquí, ¿cómo ves?

–Claro, aquí me encuentra, señor.

–Alfonso Duran –le tendió la mano.

Por esas fechas había recibido una carta de sus padres que extrañamente conocían su domicilio. No faltó el comentario de lo poco hombre que era, principalmente para reclamarle que en los años que había pasado fuera no había ido a visitar la tumba de Perpetua, que de su nombre no tuvo nada. Resultó que a dos meses para que naciera el niño, abortó y con las complicaciones decayó y murió a los pocos días. Decía su mamá que estaba triste porque Exequiel la abandonó y no le quitó al otro de encima, por poco hombre. Pos yo nomás estaba de mal tercio, que iba a hacer ahí.

Pobre Perpetua, tan linda, no se lo merecía. Más adelante le recordaba que no se esperara que le dejaran algo para que ni lo pensara dos veces. Exequiel ya lo había olvidado y solo volver a pensar en eso o en su madre le hacía recordar lo ingrato que había sido el mundo todo ese tiempo, cosa que trataba de olvidar. Eso lo estresaba y le daba insomnio de vez en cuando.

Días después de que Exequiel recibiera la carta con noticias de la muerte de Perpetua, recibió otra carta membretada por Mezcales Tierranegra pensando que de igual manera vendría de parte de sus padres, aunque era extraño que usaran papelería del negocio. Esta vez fue enviada por su desinteresado enemigo con las noticias del trágico accidente y el cambio de dueño inmediato, tal vez sin intenciones de echarle más leña a la hoguera, aunque sí para hacer más ridícula la vida del pobre Exequiel.

¿Dónde está ese maldito tecolote pa' matarlo de una vez? Solo que esa no era mala suerte, solo era el curso de las circunstancias personales de los personajes que ocupaban su vida. Incluso tal vez el karma.

¿Lo era?

Habían sido el vínculo terrenal más fuerte que tenía, con la vida, eran su clan familiar, a pesar de las ofensas constantes. Tuvo una oportunidad con Perpetua para tener un hijo y no lo aprovechó. En algún momento don Fernando había sido un vínculo fuerte, como de su familia, aunque no fuera recí-

proco, pero también lo había abandonado. Parecía que la vida le jugaba una broma al quitarle a esas personas en las que lograba confiar. Lo sé, tampoco es que cuente con muchas personas en mi vida. El pueblo entero de San Juan de Matanzas no era muy dado al sentimentalismo, las personas ahí por lo general vivían tanto como para preocuparse por una pérdida, hasta rogaban la muerte la mayor parte del tiempo. El momento en el que alguien fallecía era visto con esperanzas, sin llanto, el paso inevitable, una boca menos, un bocado más para los vivos. Ni el aborto y muerte de Perpetua habían sido algo sorpresivo, eran cosas comunes por la falta de atención médica en lugares tan alejados de la civilización.

Aunque me odiaran eran mis padres, un ancla en mi árbol genealógico. Ahora soy una hoja desprendida de su origen que pronto parece secarse en el suelo. Exagero, pero ¿habrán callado por fin con esto los interminables insultos maternos?

TRES

Los padres de Exequiel Tierranegra habían amasado su pequeña fortuna con una compañía de mezcal curado con peyote y marihuana. Peyote como principal ingrediente porque se daba muy bien en el altiplano del estado, además que mantuvieron un bajo perfil con sus cosechas y producción de bebida adulterada, llevaron sin problemas el negocio con un previo arreglo con el gobierno. Todo mundo sabía que al pasar por Estación Wadley era obligatorio llevar el particular recuerdo, un Mezcal Tierranegra, o bien, ir a la zona exclusivamente a comprarlo, sobre todo entre los jóvenes que se sentían atraídos por temas *new age*.

Todo eso quedó en manos irónicamente de aquel hombre que le hizo el bebé que Exequiel no pudo hacerle a Perpetua. La relación de Jacinto con los señores Tierranegra fue incómoda en un principio

pero poco a poco les demostró que era una persona hecha para el trabajo y los negocios. Aunque muchos en el pueblo creían que fue para seguir provocando el odio que le tenían a Exequiel.

A los dueños del mezcal les llegó su muerte, muy al estilo de los que creen en el karma, un día cualquiera de en el que se dirigían a Estación Wadley en la camioneta del señor Lucio Tierranegra después de haber dejado algunas cajas con producto en la capital.

Los señores Tierranegra se encargaban de transportar el cargamento porque era para uno de sus amigos políticos, uno de esos que están conectados con el narco y les proveía la marihuana. Judas Valerio. Eran muy amigos de él y su esposa Clara desde que el licenciado había empezado su carera en Real de Catorce y cada tanto tiempo regresaban para hacer negocios y echarse unos tragos en honor del pasado. A veces Exequiel salía a relucir en la plática, cuando preguntaban por él sus progenitores no pasaban del «ahí anda el pendejo ese». El político preguntaba por cortesía y para ver si se les había pasado el coraje porque en verdad el asunto lo hacía sentirse triste –quizá por una historia personal–. Nunca mejoró aquello porque la oportunidad se les fue a los padres, el tren que pasaba por Wadley los hizo pedazos, a ellos y a la camioneta, antes de que pensaran pedir disculpas a su único hijo.

***

El día en que conoció al señor Alfonso Duran, regresó a casa más temprano de su horario habitual. Había dejado su mercancía y vuelto a salir para cenar en algún comedero de la colonia. No había podido callar las voces de su madre en todo el día y por alguna razón se sentía culpable. Tal vez yo quería con todas mis fuerzas que mi madre muriera para que todo se silenciara. Mi padre no, mi padre sólo cumplía sus ordenes para no provocarla más. Fue mi voluntad quien los hizo desaparecer, como magia negra. Pero con esto lo más probable era que aumentaría el ruido en su cabeza.

Cuando llegó a la puerta de su casa después de la cena, iluminada por la luz lagañosa del alumbrado público encontró sangre derramada por el camino, así como en varios puntos de la humilde fachada, algo estrellado con demasiada fuerza y hubiera rematado justo ahí. Me querrán molestar los pinches vándalos. Al mirar sobre el tapete de la entrada había una enorme bola de carne y plumas, cuando observó con atención se dio cuenta que era un tecolote el que había echo tanto estrago. Su corazón se sobresaltó, brincando de un lado para otro dentro de su pecho, su cuerpo había empezado a temblar y su piel se puso chinita de escalofríos. Sudaba frío a pesar del bochorno de la noche. Se alejó esperando que el ave se levantara de su letargo, pero no hubo el más mínimo movimiento, ya nada podía ser peor, pensaba que era suficiente. Giró su cabeza desesperado esperando que alguien saliera para tranquilizarlo y decirle que no era nada, que era una paloma que se había estrellado contra la ventana. Debía aceptarlo, de donde el venía esta señal era algo muy malo aunque hubiera pensado toda su vida que era una tontería. Ni los molestos gatos callejeros se atrevían a aparecerse y comérselo. Pensaba que en la ciudad no cabía la posibilidad de encontrar estos animales a menos que se hubiera escapado de alguna tienda de mascotas. Una luz esperanzadora se encendió en la casa de enfrente, pensó en gritar por auxilio, los nervios lo tenían congelado pero de inmediato desapareció. Los extremos de la calle eran totalmente oscuros excepto por unas lámparas opacas de luz amarilla. Se sentía vulnerable, quería entrar a su casa lo más pronto posible y olvidarse del asunto esperando en su cama a que le ganara el sueño de cansancio porque no creía poder dormir rápido después de esto.

–Padre nuestro que estas en los cielos… qué sigue, qué sigue. Santificado… santificado sea tu nombre.

Un sonido grave empezó a escucharse en la lejanía, como un hacha asestando golpes contra un árbol grueso y húmedo.

¡PUM, PUM!

Observó distraído a un hombre que se acercaba por la derecha, era muy alto y sólo vestía un taparrabo, aunque había algo más extraño. No tiene cabeza, ese hombre no tiene cabeza, Dios mío. A pesar de la acefalía, el hombre o criatura emitía fuertes alaridos de dolor y pesadumbre, con siglos de sufrimiento. Cuando el ser se acercó a la luz más lejana se pudo ver que su pecho estaba abierto hasta el viente, además se abría y cerraba respirando. Dios mío, qué es esa cosa, qué es. Exequiel empezó a llorar desesperado. En cuanto regresó la movilidad a su cuerpo corrió a su casa ya sin prestarle atención al amasijo de plumas y abrió la puerta para entrar con la mayor rapidez posible. Cerró con llave tan rápido como pudo y sin prender las luces corrió hasta su habitación golpeándose la espinilla izquierda con una de las sillas de la diminuta cocina. Cojeando llegó hasta su cama, prendió la luz del buró para que no lo sorprendiera ningún espíritu en la oscuridad y se metió debajo de las sábanas aguzando el odio, escuchando los alaridos del hombre sin cabeza cada vez más cerca. Cuando estaba justo afuera de su casa escuchó que golpeaba la puerta con fuerza.

Y de nuevo ¡PUM, PUM, PUM!

Imaginando que el tamaño de ese ser era descomunal, el miedo aumentaba los detalles, en realidad parecía bastante real dede lejos.

Está bastante oscuro, Exequiel, puede ser cualquier cosa.

¡PUM, PUM, PUM, PUM!

Va a tumbar la puerta, lo va a hacer y vendrá por mí.

Entonces todo en silencio. Dudó en salir de la cama y asomarse por la ventana estrellada aunque sabía que no era para nada buena idea. Se quedó pensando en qué demonios estaba sucediendo, podía explicarse lo del tecolote que parecía haber terminado ahí, pero ¿y hombre sin cabeza?, a menos que fuera…

Entrado en transe por los nervios cayó dormido.

Soñó.

Iba en la camioneta de sus padres, él conducía y su madre iba a un costado en silencio. Algo le decía en el aire que eran los únicos sobrevivientes en la tierra y sintió una infinita tristeza. El camino empezaba a ser insoportable e incómodo con su madre a un costado suyo, no sabía que estaba haciendo ahí en realidad, no sabía si era él mismo. La carretera que llevaba a Estación Wadley cruzaba el Trópico de Cáncer, Exequiel esperaba ver la pequeña construcción en forma de casita con las dos manos enormes apuntando al este y a oeste que anunciaba el cruce exacto… al contrario leyó «Cuidado con el tren», instantes después el tren los embestía con violencia. Antes de despertar se recuerda dando vueltas y vueltas entre imágenes confusas y detenerse de cabeza, mirando a su madre perder sangre que brotaba del cráneo abierto sobre el techo del vehículo.

No se había percatado que sus manos habían quedado embarradas de la sangre del ave hasta que por la mañana vio las sabanas manchadas. En su cabeza empezó a hacer un recuento de la noche anterior. Ahora con la luz natural tenía (creía) menos miedo. Se levantó de la cama y enseguida se cayó al suelo adolorido de una pierna. Su espinilla ardía con fuerza, se subió el pantalón y notó que había aparecido un moretón enorme. Ahora lo recordaba. La silla se encontraba sobre el piso de la cocina. Se levantó con esfuerzo y dio pequeños saltos para recoger el mueble y tomar de uno de los cajones del gabinete una bolsa para basura. Siguió cojeando hasta llegar a la entrada y abrió con la sorpresa de no hallar nada fuera de lo normal.

CUATRO

Estaba frente a una mesa con recubierta de terciopelo purpura con algunas velas alrededor. Todo olía a incienso, de años flotando en el lugar o se hubiera introducido en cada rincón de la tela, la madera o el concreto de las paredes. Estaban cuatro cartas dispuestas una enseguida de la otra frente a Exequiel. La primera era la Sota de Bastos invertida.

–Tu masculinidad está por los suelos, Exequiel, no eres más ese hombre galán y exótico que fuiste con las mujeres de tu pueblo. No eres ni el boceto de quien creíste ser.

Sota de Oros invertida.

–Con la pérdida económica y la esperanza de la herencia de tus padres, has perdido toda confianza en ti. ¿Es mucho dinero?

¿Lo es? Ni si quiera lo sé.

La Fuerza.

–Además una mujer, si no es ahora, pronto te someterá.

Cinco de Copas.

–Si no dejas de ver tu pasado no verás la riqueza con la que naciste.

–Todo esto qué se supone que significa, no entiendo qué tiene que ver con lo que he visto –dijo Exequiel mientras repasaba una y otra vez las cartas sobre la mesa.

–Que tengas cuidado con anclarte en tu pasado, o bien, alguien de tu pasado está causándote daño y causando estos cambios. Estos entes son tus obstáculos personales, ¿entiendes? Todas estas cartas miran hacia atrás, incluso las invertidas.

–Debe ser mi madre, siempre influyó sobre mí.

–Tienes que vencer a través de la razón, de la reflexión, a veces no todo es lo que parece. Recupera tu fuerza masculina. No dejes que ese bebé que no le diste a tu ex mujer te agobie, aún estás en edad de engendrar.

¿Cómo lo supo lo de… ?

–Mirar hacia delante. Sin odio, sin viciarte, Exequiel –la bruja se levantó y agregó–. Déjame ayudarte, te daré un talismán de ayuda.

En ocaiones Exequiel podía percibir a una mujer joven, blanca, muy atractiva, pero con un aura de misterio enorme. Sabía que eso era natural, que es la idea que deben crearle a sus clientes. Lo que era raro para la experiencia como bruja que reflejaba (como de 90 años, creía él) era que no aparentaba más de los 27.

La bruja e levantó y fue a la parte posterior del negocio dividido tan solo por una cortina morada, traslúcida. A través de ella la mujer cambió su imagen, la que él había percibido, incluso horrible. Debe ser el efecto de la luz, pensó. Al fondo se podía divisar otra mesa en donde encendió cinco velas que formaban un círculo o tal vez un pentagrama. También prendió un incienso a su izquierda del que no reconoció aroma y después de unos movimientos a un objeto en la mano, lo pasó varias veces por la vela central, por el humo del incienso y por último lo sumergió varias veces en un líquido contenido en un frasco a su derecha. Fueron tantas veces que sintió que el objeto se había ahogado –¿cargado, rellenado?– de algo energético.

Cruzó la cortina y regresó con Exequiel. La ilusión de a juventud había regresado a ella.

–El monstruo que mencionas debe tratarse de Youaltepuztli, un disfraz de Tezcatlipoca, pero tú no pareces haber hecho nada que lo atrajera, ¿o sí? No creo. Presiento que debió ser engañado. Toma, lleva contigo el talismán todo el tiempo –le dio una especie de bolsita de costura abierta, como un costal en

miniatura amarrado a un collar de cuero–. Hazlo tuyo. Esto te protegerá del mal augurio y debes atender lo que te he dicho. ¿Quién te ha mandado?

–Don Alfonso Durán.

–¡Ah! Entonces no te preocupes, él no manda a cualquiera. Esta vez no me pagues, ¿vale?

¿Esta vez?

–Sí, muchas gracias…

–Llámame Erinia.

–Gracias, Erinia.

Cuando salió del lugar bajó las escaleras que daban a la planta baja de un local de tortas, después se interno por el pasillo de salida, en el camino casi tropieza con un hombre que no reparó en la presencia de Exequiel porque casi choca con él, pero logró sentir su pesar. Se sintió un poco mejor, pensando que no estaba tan acabado como habría pensado, que habría alguien peor que él y lo agradecía mezquino.

Fuera del establecimiento en un puesto de revistas asoleadas frente Sonora 205, por mero impulso –si los impulsos se pueden llamar así y no señales inconscientes de importancia justa– compró el periódico de ese día y siguió su camino a casa. No era extraño que la portada mostrara el cuerpo de un hombre muerto en su propia casa al lado de una mujer en bikini restándole importancia al occiso. Eso hace más amena la noticia, pensó Exequiel, incluso le resta importancia. Probablemente mucha gente se masturba con esas páginas antes de llegar a las centrales e inconscientes crean una filia excitante a los cuerpos con sangre, lo que podía generar asesinos por sexo… Estoy… divagando, basta ya.

–¡Deje de vender esta mierda frente a mi negocio!

Escuchó Exequiel que gritaban a su espalda. Miró sobre su hombro derecho y se dio cuenta que la dueña de esas protestas era Erinia.

–Eso es morboso, maldito tarado.

–Este no es su negocio, pinche bruja. Es de don Joaquin, el taquero.

–Yo también trabajo aquí, ignorante –contestó ella aventando uno de los estantes al suelo.

–Deje ahí, ya váyase a la chingada –dijo el vendedor de periódicos asoleados mientras levantaba su dedo cordial.

Exequiel se limitó a sonreír. El mundo era un chiste solo había que encontrarle lo gracioso.

CINCO

Resulta que el hombre de la portada del periódico había sido asesinado de una manera bastante singular. Parecía que lo único que querían obtener de él era su dolor, mucho. Pero qué sabrosa estaba la chica de un costado.

> *Jorge Ernesto fue descubierto en la madrugada por la esposa. Ella dijo que no recuerda haber sentido movimiento por la noche a pesar de que se encontraba a tan solo unos centímetros del occiso. Relata que cuando se despertó lo primero que hizo fue tocar su cuerpo para advertir su presencia, se percató de que el hombre estaba excitado y con el miembro erecto así que lo llamó varias veces por su nombre de manera provocativa…*

–Oiga, ¿a cuánto estos zapatos?

Las piernas del hombre lucían torcidos por la mordida de un cocodrilo sin llegar a desgarrar la carne. La foto era bastante cruel y amarillista.

–¡Oiga!

–¿Qué?

–¿Qué precio tienen?

Exequiel levantó la mirada del periódico y se quedó pensando.

–Dos mil pesos. Son Testoni.

–Ah… gracias –el cliente se les quedó viendo y luego los dejó en el lugar de donde los tomó, reflexionando el precio.

Creo que necesito que venga don Alfonso de nuevo. A ese precio nadie me comprará nada, ni madres que les voy a bajar.

> *…pero no respondía a sus llamados ya que su rostro parecía mirar distraído hacia otro lado. Fue cuando advirtió que algo andaba mal con él. Dice la viuda que entonces lo destapó por completo y encontró que sus brazos y piernas estaban torcidos completamente "como trapos exprimidos". Los integrantes del equipo de forenses nos confesaron que es imposible que una sola persona le haya hecho un daño de esa magnitud, que era necesario al menos tres personas de gran fuerza para lograr un torniquete de esa proporción. Nosotros en lo personal, dudamos que la viuda nos haya confesado toda la verdad. ¿Habría invitado a sus amantes por la noche para perpetrar…*

Ya, mejor me paso a la sección de chicas. Y por alguna extraña razón le pareció buena idea tomar el talismán que Erinia le había obsequiado, vulnerable a semejante noticia. Eso es lo que hacen estas malditas notas, hacerte sentir inseguro todo el tiempo, en la calle, en tu propia casa…

Ya por la noche regresando a descansar, caminaba apresurado y con escalofríos de solo recordar la escena de la noche anterior. Pensaba que solo había sido su imaginación: la sangre, el ave, el hombre con el corazón al descubierto, un sueño bastante lúcido. Que va, no se podía mentir, todo había sido tan real aunque no hubiera más pistas que la sangre en sus sábanas y el terrible miedo que sentía. Su mano izquierda se aferraba al talismán y la otra a la mercancía envuelta entre nudos sobre su espalda.

¡PUM, PUM, PUM!

Los hachazos…

Corre, Exequiel, corre, corre. Abre ya. Entró bajando la mercancía de su espalda y soltándolas en la oscuridad de la sala entró y azotó la puerta.

¡PUM, PUM…!

–¡Ay! –lanzó un gritito cuando sintió la puerta vibrar tras de él. Su corazón de nuevo desbocado le recordó al del propio Youaltepuztli– ¡Largateee!

De pronto silencio.

Prendió todas las luces de su casa y se fue a su habitación. Esta vez se puso su ropa para dormir y se acostó sin pasar por el baño como de costumbre antes de meterse a al cama o tomar un libro del buró. Cenar tampoco era una opción aunque su estómago no dejara de retorcerse toda la noche. No puedo más, al menos esta noche se han tranquilizado los espíritus. ¿Será así de ahora en adelante? Tenía razón mi mamá, soy un maldito cobarde.

Se quedó sentado sobre la cabecera de la cama reflexionando y tratando de alejar los demonios hasta que el cansancio y el sueño profundo llegaron por él.

Todo había empezado a oscurecerse a su alrededor. Las luces de su casa perdían fuerza y la penumbra se apoderaba del lugar. Su habitación había desaparecido, las paredes ya no imponían límites para nada

ni nadie. Youaltepuztli no le preocupaba. Empezó a sentir inseguridad y al mismo tiempo estaba excitado, su pene buscaba la salida a través de su ropa interior. Vaya, si ya no soy un hombre capaz de satisfacer a una mujer, entonces ¿qué es esto? Creo que el talismán funciona.

Ahora estaba desnudo.

A lo lejos, divisó a una mujer en la oscuridad, acercándose poco a poco con movimientos provocativos (aunque excitado cualquier movimiento de una mujer sería provocativo). Se posó sobre sus piernas tomando su pene con ambas manos y empezó a masturbarlo con fuerza. Exequiel no sentía dolor, había bastante placer a pesar de sentir que su miembro sería desprendido en cualquier momento.

"¿Qué me haces?", preguntó ingenuo "¿Qué vas a hacer conmigo?"

La mujer se limitó a callarlo con un gesto de su dedo indice.

Él quería verle, distinguir su rostro, le daba la impresión de estar con una bruja, una recién conocida pero no estaba seguro. Debe ser un juego de mi mente, quisiera que fuera ella. La mujer montó su miembro y empezó a balancearse sobre él. Ella gritó desde la primera penetración y aumentaba de volumen conforme avanzaba el tiempo del encuentro, medido, de alguna manera, por la percepción temporal de Exequiel. Su rostro de vez en vez parecía un demonio, o un ángel, o un dios o todo junto, tal vez perteneciente al mismo plano de existencia donde habitaban todos.

"¿Quién eres?".

"Sólo deséame con toda tu energía".

Exequiel se excitaba con tan solo el sonido de su voz. Se dejó llevar por el momento y el balanceo hasta que llegó al climax con un grito que jamás le habían provocado, ni con… ¿cómo se llamaba? ¿Infinita?

"¡Ah! ¡Exequiel!", la mujer gritó por última vez. El eco se extendió con perpetuidad.

La oscuridad regresó. Su cuerpo parecía estar bajo el peso de algo o alguien y no podía moverse. Otra vez su corazón saltaba alocado presintiendo el miedo. Padre… Padren… nuestro…

Las luces de su casa aparecieron poco a poco como las había dejado antes de quedar dormido. Ni en la luz puedo confiar ahora.

Al día siguiente fue directamente a buscar a Erinia…

SEIS

Un hombre con ambiciones, ese era don Alfonso Durán.

Desde muy pequeño vivió con todas las comodidades de la clase alta. Su padre, Andrés Durán, era un hombre de gustos excéntricos. Le gustaba leer las noticias muy temprano después de arreglarse con toda elegancia. Pelo relamido, ausencia completa de barba, traje beige a la medida sin rastro de arrugas que difícilmente sería visto en otra ocasión con él. Loción con aroma a madera. Se sentía como un roble, y mucho más cuando tenía sexo, tan solo sexo, con su mujer (o cualquier otra).

Leía las noticias importantes para estar actualizado, después pasaba a los periódicos de las notas rojas, todos los que tuviera el puesto de revistas, para ver las fotos de los hombres asesinados a balazos, torturados, atropellados cruelmente, con machetazos. Pensaba que –y esa idea era de su padre y después se lo transmitiría a su propio hijo sin proponérselo– cuantas más fotos de hombres muertos viera y más crueles hubieran sido los hechos, más fácil le sería enfrentar la vida. Saberse en la otredad, sin ningún peligro, pero al mismo tiempo la capacidad enfrentar una situación como esa con la peor o mejor frialdad posible (según la perspectiva).

El padre de Andrés, el abuelo de Alfonso Durán llamado de igual manera, había muerto torturado mientras los secuestradores lo perforaban con un pica-hielo por todo el cuerpo –entre otras torturas menores por las que maldijo a los victimarios por ensuciar su bendito traje a la medida–, resistiéndose a entregarles una cantidad exorbitante de dinero que pedían a cambio de su vida.

Andrés pidió ver el cuerpo, le provocaba un excitante morbo saber que su padre había resistido tantísimo dolor. Se había convertido en protagonista de una de esas noticias amarillas que tanto amaba. No sintió pena alguna por él, al contrario fue orgullo por defender lo más valioso de la familia. Dinero amasado con bares lujosos donde además se disponían de mujeres y drogas para los señores más acaudalados.

Tras la muerte de don Alfonso, por aquella época llegó un hombre al gobierno de base honrada al que no pudieron convencer con ninguna cantidad de dinero. Las amenazas fueron una opción, pero el pueblo lo quería y defendía casi hasta la muerte. Fue asesinado antes de que cualquier seguidor fiel pudiera interponerse entre el arma de su homicida y su pecho. Con su muerte se destaparon todos los negocios ilícitos de los Durán en los periódicos de más confianza, dando la idea de que fuera un plan de venganza tras la idea de una muerte que parecía inevitable. Así se vino a bajo todo.

La familia tuvo el cuidado de no involucrar al hijo de Andrés en todo el asunto. Él estaba empezando un nuevo periódico llamado «El Ammit: Noticias para los justos» –por la diosa devoradora de corazones en el antiguo Egipto, el slogan se refería a aquellos vivos que no merecían la muerte a través de ella–. Por largo tiempo su padre le rogó cambiar el nombre, argumentando que la gente no lo entendería, que no parecía mexicano por lo que la gente no se sentiría identificado, pero él estaba enamorado de aquella diosa y no logró convencerlo. Además, había mandado hacer varios rituales de sangre para tener el éxito que necesitaba y eso le convenció a todos los involucrados. Al principio pidió la máxima seriedad posible a sus reporteros y fotógrafos. Con el tiempo, el morbo y la avaricia llevaron al periódi-

co a adaptarse a los gustos de la mayoría –no, futbol no era una opción, a menos que algún futbolista muriera en una verdadera tragedia–. Después cayó en cuenta que todo lo que quería lograr era llamar la atención de su abuelo Alfonso y al mismo tiempo ser tan fuerte como él. Entonces había contactado a una médium para contactarlo y preguntarle si estaba satisfecho, aunque nunca reveló lo dicho en aquella sesión.

Con el tiempo recuperó las ganancias invertidas en un inicio y obtuvo todavía más y más.

Después se le ocurrió una idea mientras leía una de las noticias de su periódico. Un hombre había sido arrastrado a la muerte gracias a los rituales de brujería que había practicado su propia esposa. Encontró esto curioso y con un valor significativo para su empresa.

Durante meses investigó a muchas brujas de la Ciudad de México por medio de los reporteros del Ammit. La gran mayoría, no habían sido mas que simples charlatanas. Una minoría selecta le pareció interesante, algunas con conocimientos en chamanismo y magia antigua, había leído testimonios interesantes y todas tenían resultados favorecedores.

Por aquél entonces operaba el hijo de Pachita, don Enrique Ugalde, quien fue el elegido por el Hermanito Cuauhtemoc después de que, a través de un milagro en donde vio las manos de su madre en las suyas, supo que él era el elegido para continuar ayudando a la gente y no su hermano Guillermo –el más apegado a su madre–, como todos esperaban. Sus celos lo oscurecieron aún más y comprendió que no estaba listo.

Esto no le ayudaba en absoluto a Alfonso porque verdaderamente estaba interesado en ellos.

Un día por curiosidad decidió ir a visitar al Hermanito en el lugar donde practicaba sus operaciones, inventándose una enfermedad, haciendo fila todo el día viendo desfilar a mujeres y niños de todos los niveles socioeconómicos con muy variados padecimientos, para después, junto con el grupo de hom-

bres entrada la madrugada, poder acceder a verlo. Alfonso parecía más curioso que nervioso al respecto. Sabía que don Enrique operaba con tan solo un cuchillo sin filo pero estaba ansioso por conocerlo aunque tuvieran que acceder a sus entrañas.

Lo metieron a un pequeño cuarto iluminado con simples con velas, con una camilla al centro y unos muebles con material médico sobre unas toallas y sábanas blancas. Al rededor sobre las paredes (tal vez blancas o beige) se veían algunas deidades que Alfonso no pudo identificar. Una de las personas que se encontraban en el lugar estaba envolviendo las sábanas que al parecer habían utilizado con el paciente anterior, algunas con manchas oscuras, tal vez de sangre.

–Hermano Alfonso, así que padeces de cáncer de pulmón, según la información que nos has proporcionado –le preguntó uno de los asistentes. Era joven e intuyó que ese no era don Enrique.

–Así es, hermano. Tengo tan solo unos meses que me lo han detectado, me he resistido a los tratamientos por considerarlos demasiado agresivos además de costosos.

–No te ves enfermo, hermano –dijo un hombre canoso que parecía cansado, con aspecto de no haber dormido con su conciencia tranquila durante años. Alfonso adivinó que sería él el portador del Hermanito, lo vio varias veces por los pasillos caminando entre la gente sin sospecharlo, como un enfermo más. Sin duda lo era–. Perdóname por desconfiar de ti, no te puedo intervenir en estos momentos. No veo el mal mas que en tus intenciones, hermano. Lo siento.

–Pásele con la asistente Georgina para que le devuelvan el dinero, por favor –dijo el asistente.

–Perdóname tú a mí, Hermanito. Quería conocerte nada más –dijo Alfonso con dudoso respeto.

Alfonso logró observar su sombra entre la confusión de los hombres. Se proyectaba enorme a pesar de la lejanía y distorsión de la luz de las velas.

–No me quites más el tiempo, estoy cansado. Retírate por favor –dijo esto sin mirarlo mientras preparaba algunas gasas y vendas para el próximo paciente.

Salió decepcionado del lugar pero no se quedaría con las manos cruzadas.

Había investigado más a fondo la vida de Enrique Ugalde. Sabía que antes de ser el heredero de Pachita había tenido una vida normal, incluso que tenía miedo de que el Hermanito Cuauhtemoc lo eligiera puesto que sabía que era una gran responsabilidad y que, así como había visto a su madre sufrir tantas veces por cargar con el peso y el intercambio de energías, así pensaba que sería de insoportable su vida. Que si era su destino y la elección del Hermanito, haría el sacrificio con gusto.

Alfonso sabía que Enrique tenía varios hijos, entre ellos una hija no reconocida que se llamaba Amelia Ocaso –una señora regordeta de treinta y tantos años parecida a su abuela Pachita– a quien Alfonso encontró y enamoró interesadamente y sin pasión alguna, porque ella era de la "tercera generación" de una familia de brujos. Seguía siendo de gran valor. Amelia practicaba la brujería en el mercado de Sonora desde niña, una habilidad que creyó nata ignorando su verdadero origen. Cuando llegó Alfonso a su vida, con su influencia y confianza que tenía él en sus poderes, ella desarrolló estos poco a poco hasta convencerse del gran potencial de sus habilidades gracias a los resultados positivos que iba teniendo con cada cliente.

Era el momento que esperaba Alfonso.

SIETE

Erinia no se encontraba, o es que nunca estuvo. Una de las meseras de las Tortas Al Fuego, morena y muy pequeña para ser de la ciudad, le había mencionado que hacía años que ella no trabajaba ahí. El letrero saliente sobre la pared del local aún rezaba su nombre, Erinia Constantina (Tarot-café turco,

Palma de la mano y Baraja Española), sobrepuesto a unas letras borradas de algo llamado Karma 7. Bajo el nombre de la bruja estaba también el nombre y teléfono de un hombre que se dedicaba a lo paranormal que quizá había sido compañero de trabajo, sólo que ahora lucía borroso también aunque el teléfono seguía intacto. Lo escribió en una pequeña libretita que cargaba en su bolso del saco con un lápiz. Exequiel no pudo más que sentir completa confusión. ¿No había acaso escuchado de este tipo de situaciones en leyendas antiguas? Entonces se aferró a su talismán temiendo haber estado en un lugar del más allá consultando cartas. Espera, aún tengo la bolsita, es real. Quiere decir que sí existió y sí estuve aquí. ¡Malditos! No han de querer decirme a dónde se ha largado la bruja.

Decidió regresar a su casa y desde ahí tratar de comunicarse con el hombre de lo paranormal y preguntar si Erinia era su socia y a dónde podría encontrarla. Mientras viajaba sentado en la Línea 1 del metrobús reconoció a un hombre que vio afuera del negocio de tortas. Un joven rapado de tez morena con las manos en los bolsillos de su chaqueta deportiva y jeans roídos. Siempre creía que se encontraba personas que había visto en otros puntos de la ciudad, seguro de recordar todas las caras con las que se ha topado, a veces le daba gusto encontrarse con gente que coincidiera con sus recorridos, teniendo algo en común con ellos aunque fuera la única forma de… tener algo de ellos en su soledad, amistades condicionadas a la ignorancia. Pero este era reciente, seguro de haberlo visto más de dos o tres veces. No creía en las coincidencias aunque este hombre probablemente no tenía nada que ver con él y su camino, tenía un presentimiento.

Bajó en la estación de Río Churubusco cuarenta minutos después y tomó un microbús que lo dejaría cerca de las Torres de Mixcoac. Qué agradable sorpresa, este hombre ha subido conmigo. Cuando bajó en la calle Rosa Trepadora esquina con avenida Lomas de Plateros el hombre hizo lo mismo. Actuaba distraído y lento, sin llevar prisa ni rumbo definido. Fue cuando Exequiel empezó a sospechar en serio. Entonces empezó a andar con vueltas al azar en la colonia para ver si el hombre le seguía.

Y así fue.

Exequiel empezó a tener miedo, a pesar de pensar que no tenía una razón para que el hombre le quisiera hacerle daño, no poseía dinero ni cosas de valor en su casa. Le parecía demasiada molestia venir desde la Condesa solo por querer sacarle algo de dinero o algún objeto de valor, cosa que no tenía y hacía el asunto con el tipo bastante extraño. Antes de doblar la esquina que daba a su casa giró sobre sus talones y encaró al hombre de lejos tratando de adivinar que intenciones tenía. Parecía no importarle que él se hubiera dado cuenta pero tampoco parecía querer ser tan obvio. Qué te traes pendejo, decía la expresión de Exequiel nada intimidante. De pronto, sintiéndose bastante ridículo, giró por completo y dio vuelta a la esquina corriendo hasta llegar a su casa. Cuando logró abrir la puerta, creyó ver al hombre doblando la esquina.

¡Maldito sea el cabrón!

Ahora se sentía bastante inseguro dentro y fuera de su casa con todo esto que le había estado sucediendo últimamente. Con los muertos y con los vivos . Qué está pasando, Dios mío. Y se aferró de nuevo al talismán. Al menos seguía ahí.

Su estómago rugió y recordó que no había desayunado por salir corriendo a buscar a Erinia, la bruja fantasma. Se preparó algo y después tomó de entre los libros que vendía uno de los tomos de la pequeña colección de libros de *La Brujería en México* de Antonio Salgado. Hojeaba buscando palabras como 'bruja' –parecía obvio pero lo de brujería era muy general–, talismán', 'hombre sin cabeza', ‘tecolote’. Eran narraciones muy ambiguas, al contrario a veces podían ser hilarantes dando la idea de que el mismo autor no se tomaba en serio el tema. Entre albures y malos chistes se quedó leyendo, olvidando lo que había estado sucediendo.

Cuando vio que había llegado la hora en que los bancos cerraban se dispuso a preparar las cosas para irse a instalar a Insurgentes. Se levantó del sillón en el que había pasado parte del día y se asomó

curioso por la ventana recordando al hombre sospechoso y, claro, ahí estaba, recargado en el muro de la casa de en frente mirando la pantalla de su celular.

En ese mismo momento el hombre se dispuso en dirección a la entrada de la casa. Exequiel corrió a la puerta enfadado y cuando creyó que el hombre habría llegado, abrió y este, sorprendido, con un puño en el aire que pretendía tocar, se abalanzó hacía delante perdiendo el equilibrio cayendo justo en los pies de Exequiel en el marco de la puerta, entonces le dio varios portazos en la cabeza.

–¡Chíngate, cabrón! ¿Qué demonios quieres?

El hombre no intentó o no pudo defenderse, y cuando Exequiel observó en medio de su ira que ya no se movía, dejó de azotarle. Otra vez sangre en su puerta pero no de tecolote, tal vez había sido una señal, algo que había desembocado en este momento preciso y no pudo prever. Qué chingados hice.

Agarró al hombre por las axilas y jaló con todas sus fuerzas el cuerpo hacía dentro de la casa. Tú te lo buscaste. ¿Le hablo al hombre o a mí mismo? No, yo no quise, no si él…

No habías salido de su casa a la hora de siempre, no sabía si tendría el valor de volverlo a hacer al día siguiente o el que seguía, o cualquier día.

El hombre yacía en el suelo boca abajo como lo había dejado. Le había amarrado las muñecas sobre su espalda con demasiadas vueltas y nudos torpes realizados con el miedo de que pudiera despertar. Había hecho igual con los pies.

Cayó la noche sentado en el mismo sillón de sus lecturas. Había pasado todo el tiempo esperando que abriera los ojos, vigilando su respiración de vez en cuando a travez de la boca, comprobando el vaho en un espejo. Seguía vivo. Vamos despierta, hombre. No quiero, lo sé, tengo miedo, pero tengo más miedo de ser un asesino. Tomó el talismán de su pecho y por instinto o simple superstición, lo besó

como a un crucifijo. Se levantó del sillón y lo movió con el pie por el antebrazo. El hombre tosió sangre varias veces ahogadas hasta que logró abrir su ojo derecho, el que no había empezado a hincharse.

–¿Quien eres?

–Pinche loco, suéltame. Te va a cargar la chingada de todas maneras.

–Entonces qué chiste tiene.

–Van a venir por mí tarde o temprano y entonces te llevarán antes de lo planeado.

–Chingada madre, ¿ quienes son, qué quieren? No tengo nada de valor.

A un costado del sillón se encontraban las cajas de zapatos Testoni de una de las cuales sacó uno tomándolo de la punta. Se levantó amenazante.

–Solo tengo estos zapatos que cuestan no sé cuanto dinero. Se supone que mucho ¿eso quieres?

–Tu herencia –tosió más sangre, la que provenía de su nariz se iba por su garganta y lo estaba haciendo ahogarse.

–¿Qué? Esa no me pertenece. ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo demonios lo sabes?

Exequiel se acercó a él y con el talón del zapato le empezó a dar golpes en la cabeza como a una cucaracha. Lo hacía automáticamente, su brazo se tensaba de ira, de pensar que se estaban metiendo en su vida, en la poca vida que tenía y en el recuerdo amargo que le transmitían sus padres de solo pensarlos. Había golpeado tantas veces al hombre y con tanta fuerza que dejó de sentir la dureza del cráneo.

–¡Maldita sea! Qué…

Alrededor de las ocho de la noche Exequiel estaba fuera de los cajeros del Bancomer. El miedo se había quedado en casa. Había dispuesto los objetos en el piso aunque no los había dispuesto con el cuidado de otros días. Estaba ansioso, en vez de resistir de pie con la sonrisa de siempre para recibir a los clientes estaba caminando en círculos pensando en lo que había hecho. ¿Quién sabrá? ¿Me vendrán a

buscar? Tal vez era un ladrón don nadie. ¿Cómo sabía de la herencia?, él y sus cómplices. Perdió su tiempo el desgraciado, incluso si vino desde San Juan. ¿Sí será de San Juan? Son los únicos que sabrían, incluso ellos mismos saben que no tengo nada.

–Exequiel, ¿qué tanto piensas?

–En nada –dijo sin mirar a su interlocutor.

–¿Estás bien?

Entonces miró. Era don Alfonso, pasaban tantas cosas por su cabeza que no lo reconoció al instante.

–Hola, don… don Alfonso. Discúlpeme, ¿cómo está?

–¿Yo? Bien. Tú no te vez tanto. Pensé que te iba a encontrar hoy.

–¿Por qué lo dice? –preguntó paranoico–. ¿Qué me sabe?

–¿De qué? Solo lo digo porque pasé hace unas horas buscándote. Vengo por los zapatos de la otra vez.

¡Los zapatos!

–Sí, está bien, don Alfonso. Los tengo por aquí, solo que no he acomodado.

Buscó la caja de entre las otras y se levantó apresurado recordando los detalles de la tarde.

–Permítame, don. Ahorita se los traigo.

–No se los vayas a vender a alguien más, eh. Aquí te espero.

Entró a un restaurante cercano donde vendían alitas de pollo, ya lo conocían los empleados porque siempre lo dejaban pasar al baño. Uno de ellos, el que se veía más inteligente, le había comprado varios libros en alguna ocasión. Entró al baño y sacó uno de los zapatos llenos de sangre y materia gris. Por qué estos, Excequiel, por qué. Tomó papel secante y lo remojó un poco para empezar a tallar y remover las sangre lo mejor posible. Aprovechó para tomar algo de jabón del dispensador y le dio otra ronda de talladas esperando que mejorara el asunto.

Ya, ya, suficiente. No se ve tanto, tal vez le haga un descuentillo al don.

Más tarde, se encontraba de pie en sobre su calle con la mercancía a su espalda. Parecía un duelo entre él y la nada que contenía todos sus temores existentes. Las luces alumbraban legañosas. La más lejana a Exequiel había empezado a parpadear mientras él esperaba a que apareciera el monstruo Youaltepuztli. Parecía que el talismán funcionaba contra eso, pero… qué fue lo del tipo este.

Decidió no avanzar sino retroceder por donde vino. Buscaría donde quedarse esta noche para no tener que entrar a su casa. Los días habían estado transcurriendo extraños y difíciles. Además el muerto le seguiría esperando en la entrada, o ¿había sido un sueño? Aún así, nadie sabe de él, ¿no?, nadie lo vinculará a mi todavía. A nadie le importa, todos ahí en sus casitas tranquilos.

Mañana será otro día.

Amaneció lejos de su casa en un pequeño callejoncito donde se encontraba el tablero que controlaba la luz de un restaurante sobre Revolución. Uno de los empleados lo había visto cuando se disponía a abrir el negocio y de inmediato llamó al guardia para que lo corriera. Nada de mala imagen al negocio.

–Señor, por favor, le voy a pedir que se retire de aquí. Es propiedad privada.

Como Exequiel no respondía se acercó para moverlo con su pie. Traía la macana en su mano derecha por si el vago se ponía loco.

–Señor.

–¿Qué pasa? ¿Qué?

–Retírese, por favor. No puede estar aquí.

–Sí, ya voy, joven.

Se levantó adolorido por haber dormido sobre el concreto. No quiso maltratar los trajes que traía en venta que pudo haber puesto como "colchón". Se sacudió un poco la tierra de sus ropas y se colocó de nuevo la mercancía sobre su espalda.

–No lo quiero volver a ver aquí o llamo a la policía pa' que se lo lleven.

–No será necesario, guardia, gracias.

El hombre se quedó parado en la entrada del callejón hasta que vio que Exequiel dobló la esquina siguiente. Pinche guardia, ojalá no te haga falta nunca.

Pasó a un *Seven* a prepararse un café de las máquinas para despertar un poco y aplacar el estómago. Contaba con el dinero que le había dado don Alfonso por los zapatos que le vendió. El arma del crimen, qué bueno que me deshice de ellos, ojalá que no lo note.

Veinte minutos después se encontraba en su domicilio. Se sentía inseguro, paranoico, y nada ni nadie habían aparecido para reclamarle la desaparición de aquel hombre o el olor a muerto proveniente de su casa. En realidad no sabía cuánto tiempo después sucedía eso, solo que no dejaba de pensar que podía delatarlo. En efecto el cuerpo seguía sobre el suelo. Qué más podía haber pasado, tonto. Notó algo raro, distinto. Sobre una mesita que tenía recargada en la pared a un costado de su sillón, había espacios con ausencia de polvo, lo sabía porque no solía limpiar con frecuencia. Fue a asomarse a la habitación pero no vio a nadie, ni debajo de la cama. En el patio, nada. Tal vez fui yo sin darme cuenta cuando le machaque… Dejó sus cosas y arrastró el cuerpo que había empezado el *rigor mortis*, sus músculos parecían secos y crujían un poco al moverlos al tratar de modificar su posición final. Lo acercó a la puerta del patio –que solo contenía tierra y algunos objetos viejos sin utilidad– al que se accedía desde su habitación y se dispuso a cavar un hoyo. Es una tumba, tendrás una tumba en tu propia casa.

Por la tarde cuando terminó de deshacerse de todo rastro, decidió quedarse en casa. Estaba más que asustado y paranoico con la situación pero no sabía cómo proceder, estaba cansado y adolorido para

pensar en algo. Creía que el dinero de los zapatos le daría algo de ventaja y por alguna razón dudaba si alguien había entrado a su casa o es que el muerto no había estado tan muerto el día anterior. Tal vez debí haberme entregado, no hubiera perdido nada, ya vivo en una celda y tengo una vida de mierda. Al menos tendría comida gratis.

No de nuevo.

En la roja penumbra estaba la mujer de la otra noche observándolo con una sonrisa siniestra. Recordó por un instante a quién le recordaba la mujer y por qué.

En el rancho, sus sobrinos solían llevar películas que conseguían en la capital. Era piratería de muy baja calidad pero a veces llevaban cosas que a Exequiel le parecían interesantes, básicamente cualquier cosa con presupuesto le parecía agradable. Entre ellas estaba de Santa Sangre, la de la niña muda entre las calles de la Ciudad de México de aquel entonces. Era su madre, La Mujer Tatuada a la que admiraba por su cuerpo. Hizo que uno de ellos le consiguiera un poster de esa actriz que después pegó en su habitación. Sus sobrinos se reían de él porque pensaban que la historia de la película era basura que probablemente él, como ellos, no entendía la película. Preferían ver a los Almada, cosas reales.

Ahora tenía enfrente a la chica pálida. Aunque su rostro no parecía ser el mismo, era cambiante como la noche anterior, solo que su cabello era rojo y espeso casi ardiendo como el fuego. Tenía miedo al mismo tiempo que moría de deseo, su miembro estaba listo y ella no se acercaba.

"Hoy tendremos a un amigo, no sé si lo recuerdes." Ella señaló a su derecha.

Exequiel giró su mirada y se encontró con un hombre desnudo y lleno de tierra que caía de su cuerpo y del hueco que se abría en su cabeza. Sonreía sabiéndose con ciertas ventajas.

Los dos se empezaron a acercar. Exequiel quería salir corriendo pero algo se lo impedía, ahora tenía los miembros amarrados a la cama. Ella se montó sobre Exequiel y el hombre muerto se paró sobre la

cama para que la boca de la mujer pudiera alcanzar su miembro. Exequiel lo estaba disfrutando aunque no le agradara la imagen completa. Con que no se le ocurra hacer lo mismo conmigo.

"No te resistas, mira un poco. ¡Ah! ¿No te gustaría?"

Entonces la mujer desmontó su miembro y retrocedió para alcanzarlo con su boca, el hombre bajó de la cama salpicando de tierra el ambiente y se posó detrás de ella.

"¡Aaah!" Exequiel ardía de placer. No tenía tiempo para pensar en el muerto o en el miedo, la boca de la mujer le estaba quemando. Observó que una de las mordidas le había hecho una herida y ahora sangraba pero ella limpiaba con su boca antes de que escurriera hacia la cama.

"¡Aaah! ¡Aaah!" Exequiel gritó con fuerza de dolor placentero que lo dejó casi muerto como habiéndole chupado toda la energía vital.

Abrió los ojos… en soledad.

***

El investigador Iván Padilla –un hombre en sus treintas, alto y delgado con cabello lacio que le cubría la nuca y un bigote espeso–, platicaba con un reportero que había llegado a la escena de un crimen recientemente cometido. Parecía ser el único reportero, pero a Iván no le parecía extraño porque si algo tenían sus ex compañeros del periódico era bastante suerte para llegar antes o tener exclusivas. En otro tiempo habían trabajado juntos en El Ammit, era Iván quien se encargaba de los casos que parecían estar ligados a cuestiones paranormales como aquellas muertes por combustión espontánea, muertes solitarias extrañas, accidentes automovilísticos en zonas donde la gente dice que ha habido apariciones. En ocaciones, a falta de tales situaciones exigidas por su jefe, terminaba inventándose los asesinatos con

una increíble imaginación pues era aficionado a las novelas de terror, a libros de leyendas mexicanas y a cualquier tipo de brujería o magia alrededor del mundo. Cansado de engañar a la gente y vulgaridades en las portadas se largó del lugar. Había llegado a la redacción porque trabajaba como investigador paranormal, cosa bastante difícil porque pasaban semanas sin que el teléfono sonara, entonces recurría a investigaciones normales por las que cobraba menos. A pesar de todo, había ayudado a mucha gente que sí creía en los espíritus y en casas poseídas a resolver situaciones que les resultaban difíciles e incomprensibles.

Ahora, solo de vez en cuando acudía a llamados que le hacían sus ex compañeros para darles acceso a toda la información sobre los casos, entrando hasta la cocina en cada uno de ellos gracias a su profesión.

En esa ocasión le llamaron porque parecía ser uno de sus casos favoritos, uno que se parecía al de días anteriores y sospechaban que habría más. Había aparecido un hombre que vivía solo en la colonia Doctores, el hombre tenía fama de ser bastante tacaño por lo que prefería vivir en la pobreza antes pensar regalar su dinero a los supermercados, así que se limitaba a comer las sobras de algunos restaurantes, cuando no trabajaba vendiendo Elotes. Por su carácter parecía que podía tener muchos enemigos, pero los vecinos dijeron que no hablaban con él para nada, tan solo veían a su ayudante entrar y salir de la casa, quien fue el que lo encontró muerto. No sospechaban de él porque parecía demasiado torpe y tonto para haber hecho algo así. También mencionaron que pudo haber sido un acto de brujería porque solía solicitar ese tipo de ayuda. Tenía todo tipo de veladoras y altares dedicados a la Santa Muerte. Otros motivos apuntarían a que alguien que conocía las ganancias y la tacañería del hombre y quiso robarle en su vivienda.

Al hombre se le encontró en su cama, con la cara horrorizada quizá de dolor o quizá de haber visto algo que lo asustó. A sus cuatro miembros les habían aplicado un torniquete de gran fuerza, la cuestión era ¿cómo? o ¿entre cuántos?

OCHO

Al día siguiente se levantó aún excitado. Se arregló tan rápido como pudo. Antes de salir de casa se había asomado por la ventana del patio para ver si seguía el bulto y claro, ahí seguía como se supone que debía ser. Seguía algo preocupado pensando si se acortaba el tiempo para que vinieran a buscarlo, ya habían pasado casi dos días desde que había privado de la vida a aquel hombre del que ni siquiera supo su nombre. No se le ocurrió buscar alguna identificación dentro del pantalón. Ahora ya no había vuelta atrás, de él solo recordaba su rostro, la versión completa y la versión con el hueco encima donde calzaba perfectamente el tacón del zapato.

Ya sin miedo a salir pasó por un puesto de revistas para comprar el Ammit, por alguna extraña razón esperaba ver el cuerpo de aquel hombre anónimo en la portada, pero era obvio que nadie lo había descubierto hasta ahora y si lograban fotos del occiso lo retratarían con bastante de tierra encima.

Maldita paranoia, Exequiel, maldita.

En cambio había otro hombre en la portada con el título de "TORNIQUETE EN EL MIEMBRO", claro que se referían a cualquiera de sus cuatro miembros, piernas y brazos en específico. Estos periódicos no escatimaban en albures para atraer a sus lectores ignorantes y desvergonzados como abejas a la miel. El susodicho presentaba su ropa echas jirones y sus pies apuntaban el uno al otro lo que daba la idea de que habían dado un giro completo. Como el tipo de la otra vez, el que su esposa lo encontró

en erección… ¿Espera, me estoy identificando? No, no, esto es completamente diferente. Buscó en las páginas interiores por si encontraba alguna noticia de desaparecidos, pero no había nada más que el mismo tipo de noticias. No se le ocurría hacer otra cosa más que ir a buscar a Erinia a su local a comprobar si esta vez aparecería. Quería su opinión al respecto de los encuentros que había tenido en las últimas noches, ver si ella tenía algún remedio así como el talismán que le había proporcionado.

Cuando llegó a Sonora sintió que estaba viviendo un déjà vu. El local de tortas Al Fuego parecía tranquilo, seguía abierto desde temprano porque trabajaban las 24 horas del día. Recordó de repente que el hombre enterrado lo había empezado a seguir desde que estuvo ahí la última vez. Se alteró, su corazón corría desbocado y empezó a sudar frío. Pensó que alguna organización criminal rondaba la zona y sabrían que el "Huecos" había desaparecido después de seguirlo a él. ¿Ahora te pones sarcástico? ¿Le inventaste un apodo, maldito enfermo? Es un pensamiento rápido para identificarlo. Entró al local lo más tranquilo y poco sospechoso que pudo y subió buscando el local de la bruja.

–Pásele, don, donde guste –dijo un mesero mientras limpiaba el cochinero de los clientes anteriores de una de las mesas.

Ahí estaba la entrada, ahora sí.

Tocó la puerta de madera sin recibir respuesta. Tal vez es demasiado temprano.

Tocó de nuevo.

–Señor, Erinia abre más tarde –le dijo el mismo mesero.

Se abrió la puerta.

–Pase, Exequiel –dijo Erinia mientras acostumbraba sus ojos a la luz del local– Gracias, Ramón.

Exequiel se sentó en la silla de los consultantes esperando a que la bruja tomara su lugar para empezar a hablar.

–¿Qué te trae de vuelta?

–He sido visitado por una mujer y… –no digas lo de los hombres– dos noches.

–¿Es tú pareja?… ¿Qué ha pasado con el monstruo?

–No, nada de eso. Vivo solo y por lo general no recibo visitas y estas han sido solamente por la noche. Cuando han sucedido los encuentros no me encuentro en mi casa, en mi habitación. Es un lugar como en medio de la nada.

–Son sueños, Exequiel, quizá sea parte de la ansiedad que has experimentado –dijo Erinia mientras barajaba un mazo de tarot–. Cuando pasas tiempo sin una pareja o sin tener relaciones sexuales se suelen tener sueños que llamaría uno de deseos reprimidos.

–No he "soñado" nada que yo deseara, eso es seguro.

–Bien, y ¿cómo quieres que te ayude?

–El talismán que me diste me ha servido para alejar al monstruo ese –lo tomó con su mano izquierda entre sus dedos–. ¿Hay algo que me ayude a alejar esos sueños?

–Podría proporcionarte un atrapa sueños.

–¿Está segura que es lo único?

Erinia se había quedado reflexionando. Sacó del mazo que permanecía sobre la mesa sin ningún interés aparente, como dominándolas dejándolas trabajar entre sus manos.

El Diablo.

–Dime, Exequiel. ¿Has tenido alguna noticia de la empresa de tus padres?

–No, ninguna.

–¿No has pensado en pelear lo que es tuyo?

Volvió a sacar otra carta que colocó a continuación de la primera.

La Luna.

–Podría ayudarte.

–No.

–¿Sabes quién se quedó con todo? ¿No te da coraje? –Erinia lo veía a los ojos, estos parecían brillar en la penumbra a pesar de lo negros que eran. Exequiel se sentía absorbido, tal vez solo estaba recordando más de lo que quería.

Luego El Colgado.

–No importa. Es dinero que no me merezco.

–Piensas… que si vuelves, ¿harías lo mismo que has hecho hace días? ¿Hace años incluso?

–Estoy de acuerdo en que hay gente que no se merece cosas. No pretendo interferir más en el destino de las personas.

Parecía que Erinia estaba queriendo indagar en la mente de Exequiel, sentía como manoseaba su mente…

–… algo que interfiere –dijo sí misma.

–¿Qué?

–Ya no me sirves, Exequiel.

Empezaba a sentirse un ambiente tenso, todo era lento y pesado, el tiempo parecía no transcurrir, parecían sumergidos en un oasis. Al contrario de los sueños húmedos donde había tanto espacio, aquí todo se cerraba en torno a ellos, eran el centro del universo, cosas se definirían aquí como en una partida de poker del viejo oeste.

–Quiero ayudarte, pero tú no me dejas.

–Sólo quería deshacerme de esos "sueños". No puedo tra…

–No se puede y te advierto, es peligroso que vuelvas a tu casa. Ya no lo es más, ahora es del que has llamado el Huecos.

–¿Cómo… ?

–¡Vete! –Erinia golpeó la mesa e hizo saltar el resto de las cartas que quedaban en el mazo y estas se deslizaron hacia un costado.

Exequiel se levantó y se giró hacia la puerta de entrada. Por un momento pensó que no habría nada al otro lado y caería por un precipicio oscuro e infinito en pago por sus errores. Sentía la mirada pesada de Erinia en la nuca y los hombros. Giró la manija y abrió la puerta para encontrarse con el trafico y el ruido de la gente del restaurante por la tarde, ya cerca del ocaso.

NUEVE

Amelia Ocaso creció entre los callejones llenos de animales para sacrificio, santos, brujos y olores del Mercado Sonora. Se sabía hija de Marcial, un hombre inteligente en el negocio de la brujería y todos sus herramientas. Él mismo se encargaba de investigar e importar figurillas de santos y dioses de otros países –algunos de los cuales no sabía ni como se escribían: Purgurwen o Pu'gurwen, Mechapel, Yacurita–, así como plantas, velas, mazos de tarot de todo tipo, libros, piedras y collares que si no conocía les inventaba un significado con el que el incauto sería engañado. Entre más raro más valioso.

Marcial estaba casado con La Papisa, una bruja que con los años había ganado experiencia y credibilidad con el tarot y el chamanismo. Con el tiempo había desarrollado su conocimiento en magia blanca, negra y de otros colores –todos iguales, m'ija/o, depende para qué andas buscando– así como del vudú.

La Papisa fue la que enamoró a Enrique Ugalde –tiempo antes de conocer a Marcial– cuando su madre Pachita aún se dedicaba a operar con aquel cuchillo oxidado. Sentía atracción por las brujas quizá por su complejo de Edipo. Se conocieron justo cuando La Papisa fue a hacer una visita a Pachita y

ver como era su proceso de trabajo, saber cuándo las personas mentían o si en realidad padecían alguna enfermedad. Nunca tenía miedo de fallar en las curaciones, así fueran cánceres, úlceras, tumores, o "mala suerte" para la vida. Quedó sorprendida de la efectividad de su trabajo, ya que muchos aseguraban que al día siguiente de la cita ya tenían síntomas de mejoría o incluso, en la mayor parte de los casos una sanación completa. Ella estaba fascinada del poder de aquella mujer y quería aprender, quería un poco para si misma. Su propia posesión espiritual, que fuera tangible ese poder.

Como no se podía acercar a Pachita decidió intentarlo a través de su hijo, la química –no pudo ser con brujería puesto que sabía que tenía una protección poderosa– no tardó en hacer reacción y explotó en algo llamado Amelia quien no estaba para nada en los planes de Enrique. Con el tiempo y después de la muerte de su madre Pachita, Enrique recibió el llamado del Hermanito Cuauhtemoc, así que tuvo que sacrificar varios aspectos de su vida personal para poder llevar a cabo un trabajo de tan tremenda importancia. La Papisa no podía sola con su negocio y con la niña Amelia, así que amarró con éxito a Marcial, el hombre más rico del Mercado Sonora. ¿Por qué no lo había pensado antes cualquier otra bruja sabiendo las riquezas de aquel hombre? Nunca lo supo, cuestión de poderes, quizá.

La niña Amelia recorría todos los rincones del mercado para entretenerse y escapar de los regaños o la ansiedad de su madre, que la absorbían por tener a un hombre que no le correspondía, que con el tiempo se apagó y fue perdiendo su fortuna hasta que por una extraña sensación de no pertenecerse, de no ser él mismo hombre o la persona que decía ser, se suicidó con veneno. La Papisa quiso engañarse creyendo que fue alguna maldita envidiosa la que se lo fue arrancando, pero no había nada de eso, todos la miraban con recelo porque sospechaban la verdad porque lo veían todo el tiempo con los clientes ese tipo de casos. Amelia veía también como su madre sufría el desgaste de una vida decepcionante mientras se adueñaba del mercado, de sus habitantes y de los conocimientos de cada uno de estos. Algunos aseguraban que Amelia tenía poderes naturales, que a veces movía cosas o podía platicar con

espíritus, gente muerta que había trabajado toda su vida en el mercado porque a veces llegaba con los familiares que continuaban en los locales y les daba mensajes de sus seres queridos. Dominaba la lectura del tarot, de los cuarzos, del café, de la baraja española, conocía de talismanes y rituales para cosas muy específicas. Tras la muerte de su madre –quien nunca vio que el pedacito de "magia real" que quiso tener de Enrique radicaba en su propia hija–, se quedó con el local que poco a poco se fue extendiendo con la fortuna de su fama.

Hasta que conoció a Alfonso Duran.

Este la enamoró por conveniencia –la de sus poderes–, ofreciéndole la vida con los lujos que el mercado no le iba a proporcionar nunca, los que ella creía que se merecía convencida por haber vivido una infancia injusta y haber soportado toda la mierda del mercado y la clientela –llena de energías corrosivas que había terminado absorbiendo–. Sufriendo del pecado que su madre, La Papisa, jamás pagó –que pasaría de generación en generación hasta que alguien tuviera el valor de detenerlo–. Cargaba con el peso de un hombre que no le correspondía porque él creyó con el tiempo que no tenía la ambición que buscaba en una mujer, la ambición que perdió cuando se enamoró porque vivió del poder que Alfonso le proporcionó, abandonando sus principales intereses. Su cuerpo fue absorbiendo las mentiras de Alfonso, sus maltratos y abusos sexuales, su abandono, la tristeza infinita, hasta que ya no pudo salir de su casa por el exceso de kilos que cargaba encima. No existían más las salidas para su cuerpo y su espíritu, había estado estancada en una relación que la mantenía en un pozo sin cuerdas o escaleras de salida, seco de amor y lleno de soledad. En los primeros años juntos procrearon a Erinia, por quien sintió celos en cuanto la expulsó de su cuerpo porque sentía el poder inmenso de la niña, el poder que deseó para complacer a su esposo o para conquistar la magia. Se había vuelto acumuladora de cuanto objeto había introducido a la casa mientras su cuerpo se lo permitió, objetos que después exigió de su esposo y su hija a cambio de calmar su ansiedad que podrían terminar en rabietas y amenazas de suicidio. Mue-

bles que compraban o encontraban en la calle, ropa que no se pondría, cajas de periódicos y revistas de noticias caducas, restos de comida y basura en donde el tiempo se encargo de cultivar toda clase de hongos y bichos. Incluso acumulaba demonios, tal vez sus demonios, tal vez de otros –además de los espíritus que se paseaban por la vivienda– manteniéndolos encerrados en trampas para gato, en botellas, bolsas o lo que fuera indicado con su debido encantamiento. Se decía a sí misma que los quería para protegerse de Erinia y Alfonso, su propia familia, de sus malas intenciones a pesar de la ayuda que trataban de proporcionarle. Cuando Erinia se dio cuenta que ya no podría hacer nada por su madre huyó de la casa al tiempo que su padre. Sólo la seguían frecuentando por el remordimiento que ella les hizo sentir a pesar del daño ya avanzado del que no se ocuparon a tiempo. La atención necesaria la continuó haciendo una enfermera que pagaba Alfonso, gastos que creía innecesarios.

Algún día tendría que cesar.

DIEZ

"MASTU... ERZO"

El tercer occiso hallado con las mismas características de dos hombres asesinados ya mencionados en ediciones anteriores a este su respetable periódico, ha aparecido con sus cuatro miembros retorcidos. Nos relata la ahora viuda, que no quiso proporcionar su nombre, que su esposo que amaneció todo retorcido y con una aparente erección a la que hizo caso omiso. La excitación de los muertos antes de su final es obvia y la policía se sigue preguntando el por qué en sus indagaciones. Eso nos da a entender que es (cabe aclarar que no queremos caer en el morbo) un detalle importante en las inves-

tigaciones, ¿qué les causa tremenda excitación? Al óbito además se le encontró con una expresión terror en el rostro, quien por lo que comunican las autoridades, logró ver a su asesino antes de perder la vida. Cosa contraria en los tres casos donde las viudas no se han percatado en ningún momento de tal detalle. Incluso se llegó a sospechar de la esposa en el primer caso de estos, pero ahora con este suceso ocurrido por la madrugada se desestima que la mujer haya tenido algo que ver, así las otras dos mencionadas, puesto que se necesita tremenda fuerza corporal o algún instrumento para pode realizar dicho trabajo de tortura. Cabe mencionar que estas personas casualmente contaban con fondos de ahorro que…

El asesinato había sido cometido el mismo día que Exequiel visitó a Erinia. El rostro del hombre en cuestión aparecía en un recuadro pequeño al lado de la foto que exponía su muerte. En otra foto tomada en vida estaba abrazado de hombros de alguien que pensó sería amigo suyo o quizá un familiar. Exequiel creyó reconocerlo como cuando vio el rostro del… al muertito con el zapato. Era el hombre que entró en el momento en que salía de la primera consulta con Erinia. No lo quiero creer. ¿Será que…? No encontraba relación inmediata con la bruja pues no estaba seguro de las otras dos víctimas. Es solo una coincidencia, no quiere decir que los que vengan con ella terminen igual, yo sigo vivo… vivo, pobre y paranoico. ¿Cómo demonios le hacen los vagabundos para vivir?

Adentro, hojeando el mismo periódico encontró una foto bastante familiar de una fachada. Por su puesto, era su propia casa. Un texto al pie de foto rezaba que era el domicilio donde se había cometido un asesinato localizado en los límites de la colonia Molino de Rosas. A un costado una foto de un hombre tirado en el suelo boca abajo.

En el interior del domicilio ubicada en la calle Oriente se encontró a una persona adulta que presentaba golpes en el craneo presumiblemente realizados con un objeto ligero y redondo como el tacón de un zapato, ya que tiene rastros de saña que coinciden con la curvatura de cualquier zapato común, a pesar de que la fractura del cráneo no fue tan profunda, aún así provocando la muerte de la víctima. Las autoridades desconocen los motivos del homicidio, pero se piensa que fue un cliente insatisfecho que al reclamarle al comerciante, este último enojado cometió el horrible crimen, ya que el hombre, dueño de la casa por lo que se sabe, atiende un negocio por la tarde-noche de zapatos y ropa de segunda mano ubicado en avenida Insurgentes Sur, puesto que se identificaron algunos objetos como mercancía, se presume que son robados por el costosísimo valor de estos. El arma probable de la que se sospecha no pudo ser encontrada en el interior del recinto, pero han sido incautados algunos bienes para su posterior análisis y aclaración de los hechos. Por lo pronto las autoridades ya han empezado una búsqueda por los alrededores para localizar al sospechoso del cual no se proporcionó nombre o característica alguna.

Exequiel se puso pálido de terror, sintió como cada poro de su cuerpo expulsaba el sudor helado de alguien que sabe que está en peligro inminente. No se explicaba cómo habían podido obtener fotografías del hombre que asesinó antes de ser enterrado, además del hecho de no dar detalles del entierro.

¿En realidad lo hice, enterré el cuerpo? ¿Y ahora… qué hago?

Nada. Estaba paralizado.

No pensó en regresar a su casa, por su puesto, sería un grave error. Estará la policía, todos los vecinos lo sabrán ahora, en cuanto me vean intentando entrar me denunciarán. Estaba perdido, sin hogar,

sin mercancía. Aún conservaba algo de dinero en sus bolsillos aunque no podría andarse en cualquier sitio porque en cualquier momento publicarían su foto o empezarían a buscarlo las autoridades. Esto… ¿es real? ¿Qué hago aquí? Un pobre hombre sin aspiraciones, alguien tan del montón como yo metido en un caso de asesinato. Tal vez debería entregarme, así sería más fácil deshacerme de la culpa, de los sueños, del monstruo. Pero no, tenía miedo de perder la poca libertad que había logrado después de haberse alejado de sus padres y de la esposa que exigía en silencio lo que él no supo dar. No solía estorbar a la gente ni meterse en líos, incluso cuando llegó a la Ciudad no buscó relación alguna para evitarse más problemas sentimentales, desconfiado de todas las mujeres. No buscó amigos ni respeto de las personas con las que llegó a trabajar para no deberles nada: visitas amistosas, llamadas de preocupación, palmadas y palabras de aliento, consejos, borracheras, nada que lo comprometiera y que no supiera dar, así como sus papás se lo hicieron saber. Un problema que sería a la hora de buscar ayuda en la gente que confiaba, la que no existía.

Pero ¿dónde *chingaos* empezó todo?

¿Por qué parecía estar embrujado? Ese maldito tecolote que lo había seguido desde San Juan para convertirse en Yaoualnosequé…, y luego la vieja esa…

Tomó el talismán en su mano izquierda y lo jaló hasta que el collar cedió. Por primera vez le puso atención a lo que había estado llevando sobre el pecho y vio que era una pequeña bolsa que estaba cerrada con un cordón. Lo desanudó y de su interior extrajo un papelito hecho rollo, parecía un monograma como los que veía en los animales de los ranchos solo que no distinguía bien las letras que se entrecruzaban, algo como una C, una P, una M y tal vez una L o tal vez cualquier otra cosa completamente distinta. No entendió de qué se trataba así que hizo una bola con el papel y lo tiró al suelo.

Maldita farsante.

***

Iván pensaba que los hombres habían sufrido torturas tales como las de la inquisición y que los que habían perpetrado los asesinatos –una banda entera de criminales, tal vez, pero no el crimen organizado–, habían utilizado tal método para hacer que confesaran, que les diera cierta información valiosa. No había motivos para una venganza, al menos no había conexión entre ellos o que estuvieran dentro de alguna agrupación delictiva, de hecho ninguna actuaba de esa manera. Nadie había informado nada extraño, ninguna entrada o salida de personas. Lo único por lo que se les podía conectar era por una férrea creencia en la magia y las supersticiones. ¿Acaso sería eso lo que les orilló a su trágico final? En los tres casos apareció una nota, un papel con un monograma. No era tan común pero era conocido, sabía que cualquier persona del Mercado Sonora le diría de qué se trata. Además de los torniquetes y las notas, no había ninguna otra relación aparente.

Aquella mañana mientras leía el periódico, observó las fotografías del hombre que había sido masacrado con un zapato. De pronto sonó el teléfono de la oficina lo que le hizo saltar de su silla. Había estado curiosamente interesado en la nota inconscientemente. Contestó y se encontró con la voz de su ex compañero de noticias.

–¿Has leído ya la noticia del asesino del zapato? –preguntó el reportero sin primero pronunciar saludo alguno.

–En eso mismo estaba, Nacho, por qué lo preguntas –y percatándose de algo interesante en la foto de la víctima, volvió a mirar con más detalle.

–Esa nota ha salido del periódico sin firma. He preguntado a todo mundo aquí y nadie sabe darme respuesta. Simplemente apareció.

–Bueno, no será la única vez que ha pasado, ¿no? El jefe es misterioso con esos detalles.

–Eso sí, pero resulta que el hombre de la foto es alguien que trabajaba para don Alfonso. Él mismo se ha mostrado desinteresado al respecto. Ni si quiera la policía tiene reporte de que haya sucedido.

–Entonces con mayor razón –dijo Iván relajando el cuerpo sobre la silla– debes saber que es una noticia inventada. Podría ser una foto vieja, algo para rellenar con más morbo.

–¿No has escuchado? –gritó el reportero enfadado–. Ese hombre trabajaba aquí, al menos hasta donde yo sabía lo vieron aún la semana pasada. Crucé palabras dos o tres veces con él, era buen tipo aunque varios creemos que andaba en malos pasos.

–¿Qué malos paso? ¿No será una foto recreada?

–¿Quieres acercar bien tu *pinche* vista a la foto? –se quedó en silencio un momento. Respondió antes que Iván preguntara si seguía en la línea–. Está bien, admito que puede ser un «fotoshopazo», pero el jefe me ha confirmado que es él.

–¿Qué es lo que quieres de mí, Nacho?

–Que investigues.

–¿Crees que no tengo otra cosa mejor que hacer?

–No…

–Está bien –dijo convencido mirando de nuevo la nota–. Iré a echar un vistazo.

Una hora después estaba mirando a través de la ventana del domicilio. Había tan solo unas cortinas traslúcidas bloqueando la mirada hacia el interior y con la luz que venía de la ventana del patio del fondo podía darse una mejor idea del lugar. Observó que el cuerpo había estado tendido en la sala de la casa a pesar que esta estaba completamente limpia. En el exterior no había rastros de movimiento ni lineas policiacas que restringieran el acceso. Mirando a su alrededor para mirar si le estaban observando, no encontró peligro. Se acercó a la cerradura de la puerta y con sus ganzúas sin mayor problema. Por qué no has tocado la puerta, se preguntó a si mismo. Pensó que si todo era una mentira y habían

usado el lugar como escenario, probablemente era un lugar abandonado. Además la dirección estaba en el periódico, no le convenía a nadie vivir ahí, según mi lógica. El lugar parecía deshabitado a excepción de la mercancía que había mencionado la nota del periódico y la limpieza, no había rastros de polvo. Eso si es algo sospechoso. ¿Por qué si eran cosas tan valiosas nadie había venido a llevárselas? Había un sillón y una pequeña cocina con una mesa y algunas sillas. En la habitación al fondo una cama arreglada con un buró a un costado y algunos libros. Parecía el lugar de alguien que viene de vez en cuando, pensó. A pasar unos días a solas. Se asomó por la ventana que daba al patio ubicada a la derecha en la entrada a la habitación. Había un patio donde estaba el lavadero, era de dos por dos metros que no estaba pavimentado. Esto sí parece recientemente removido, la tierra parece húmeda. La puerta no tenía cerradura, solo un simple pasador que abrió para acceder a él. Sintió la tierra floja y con sus zapatos removió un poco. Sentía algo esponjoso a pocos centímetros de la superficie, una esponja dura. Entró a la casa y tomó uno de los libros del buró. Qué es esto, una DUDA, Testimonios de lo insólito. Salió nuevamente y utilizó el objeto como pala para no ensuciarse las manos. Que tal que me encuentro una cama de gusanos, no quiero tocar eso. Escarbó algunos minutos con dificultad y empezó a darse por vencido creyendo que no sería nada importante hasta que vio un pedazo de mezclilla. Qué demo… Sacó la foto del periódico que llevaba en el bolso de su chamarra, ciertamente era difícil creer que era del mismo color porque estaba en blanco y negro. Creía estar seguro de que era de la misma tela. Esto no me lo esperaba, el que tomó las fotos no lo reportó a la policía. Calma, tal vez es solo la ropa. Decidió escarbar a la altura de donde creía estaría la cabeza, esta vez lo hizo más determinado porque sabía que había algo. Sabes que está ahí, por que no escarbas más y te encuentras con el vientre del hombre, eso es lo que estaba «esponjoso», Iván. No, no, asegurémonos. Empezó a notar que la tierra había cambiado de color, era más oscura. Escarbó más despacio para cuidar que la tierra no volviera a caer alrededor, abriendo poco a poco el espacio, así fue destapando un rostro. Sí está aquí, admítelo ahora, Iván.

Una nariz, unos ojos abiertos llenos de tierra, la frente y los pómulos. Todo bien, excepto que está muerto… Hasta que encontró que la cabeza no tenía la forma adecuada.

Es hora de llamar a la policía, Iván.

***

Estaba de vuelta en casa, su única alternativa aparente.

El momento de llegada le hizo recordar a Perpetuita y extrañó ser amado o haberlo sido por un lapso corto, llegar a casa ubicada en algún lugar desolado y que alguien le recibiera, ver una cara familiar que se preocupara por él, que preparara la comida y le contara como había sido su solitario día y compartieran juntos la mesa y los paseos por el cerro. Eso sonaba muy romántico porque en realidad cuando estaban juntos no parecía tan agradable. La soledad de la calle se traducía en nostalgia. Había sido cobarde, lo reconocía. Todo este tiempo escapando de los lugares donde lo hacían a un lado como una basura aventada desde la ventana de un coche en movimiento.

Basta de malos pensamientos, basta del pasado que lo aborrecía.

Entró a casa y otra vez el pasado, uno más cercano. El Huecos estaba sentado en su único sillón, el favorito.

"Has demorado demasiado".

Silencio.

Ya valió.

"Tu ya estás muerto, has salido en el periódico".

"Así es, gracias a ti soy famoso".

"¿Q… Qué… quieres?" preguntó Exequiel nervioso e impaciente.

"De ti nada, en realidad vengo a advertirte algo, es acerca del lugar de donde vienes".

"¿San Juan? ¿Qué tiene que ver?".

"El hombre que se quedó con todo sabe algo que tú no, algo que tus padres no te dijeron. En un momento de debilidad y amor decidieron dejarlo a la suerte".

"Ve al grano, por favor…".

Por favor, Huecos.

"Ja, ja, ja. ¿Tienes miedo, cierto? No debiste quitarte el talismán…".

Silencio.

"Está bien. Jacinto sabe de una cláusula en la que indica que puede serte cedida la empresa si él hace mal uso del ella y del dinero, si entra en tratos de corrupción".

"No deseo nada".

"O también si muere".

"Olvídalo, ni si quiera debería estar hablando con un muerto, menos con uno que yo provoqué".

"El Huecos. Así me llamas, ¿no?".

Sí, así lo dejé lleno. Notó que el charco de sangre de aquél hombre seguía en el suelo donde lo había asesinado, el recorrido que había dejado el cuerpo hasta el patio y las huellas nuevas de los zapatos que había dejado el hombre al caminar de vuelta a la sala donde se encontraba ahora, de hecho podía ver un charco nuevo que estaba dejando en ese momento bajo sus pies.

"Solo soy una proyección familiar para ti. Pude haber sido tu padre o cualquier muerto que te mortifique". De pronto era su padre sentado en el sillón. "O Perpetua", y era ella.

"Basta, por favor."

"Siempre tan amable, Exequiel, tan miedoso y tímido. Tienes que ser grosero algunas veces si quieres llegar más lejos. Lamiendo botas no es de gran ayuda en algunas ocaciones. Bueno, tú mismo lo sabes, le quitaste la vida a alguien para seguir adelante con tu vida".

Silencio.

"Discúlpame, yo soy el que no ha sido amable. Por favor, llámame Mechappell."

Cuando mencionó su verdadero nombre Exequiel pudo ver su rostro aterciopelado, un demonio negro, no había brillo ni sombra reflejada sino luz absorbida, sus ojos eran de una profundidad abismal. Y luego regresó el rostro hundido del Huecos.

"Yo podría matar ese hombre por ti, si me lo pides… por cierto, Erinia está en esto más de lo que crees…"

ONCE

El Mercado Sonora era uno de los lugares favoritos del investigador por sentirse en un universo místico tangible, como un mundo distinto al nuestro que escapa de los convencionalismos o bien, una cápsula atrapada en el tiempo en el que el hombre no tenía a la ciencia de su lado. Era también uno por el que sentía cierto miedo. No por sus figuras esotéricas del pasillo 8 o los santos o dioses o los olores interminables de las hierbas medicinales, sino por las energías que circulaban de un lado para otro como enfermedades. Siempre que terminaba una visita al lugar se sentía cansado, con cierta derrota ajena.

Quizá es mi propia derrota, una señal para tener en cuenta cada vez que suceda.

Procuraba tomar baños de sal cuando lo sentía necesario.

Aún así, sabía que dentro de la magia había mundos más profundos, como una *deep web* del esoterismo, esto era solo la superficie.

Su amigo Cipriano, que se hacía llamar así porque idolatraba a este santo, era un homosexual culto que no necesitaba de artefactos estrafalarios para aparentar conocimiento, todo estaba en su cerebro. Solían tener largas conversaciones sobre magia, por su puesto, en bares del Centro Histórico, sobre todo en La Faena, porque a la hora de la comida estaba completamente vacío y podían tener el servicio para ellos solos, atendidos por Largo (como le solía decir Cipriano al mesero más alto y viejo de todos, el que cumplía el primer turno de la mañana).

En esta ocasión Iván fue directamente al local de su amigo para consultarlo.

–¿Qué pasó, Iván? ¿Listo para este primero de julio? –estaba recargando los codos sobre un mostrador de mazos de tarot, velas y talismanes que tenía frente a él. En la parte de atrás del local se encontraban un sin fin de libros esotéricos, pero no los libros comunes que todos los demás locales podían vender, sino libros viejos como eran los grimorios y otras curiosidades sobre brujas y rituales antiguos de todo el mundo.

–¡Cállate!

Cipriano siempre molestaba a Iván con eso, cuando se acercaba el mes de julio porque hacía tiempo que el investigador había estado involucrado en un caso donde un niño había muerto sin motivo aparente, hijo de un millonario potosino. La resolución del caso le vino después de que supo que habían visitado, el niño y su familia, un panteón para celebrar el sepelio de un familiar, lugar al que Iván acudió buscando pistas y lo que encontró fue lo que le dio fin al caso… y también el día de su muerte.

Iván Padilla Loeza

*31 de enero de 1986

+1 de julio…

Se había olvidado de esta superstición donde la gente debe evitar leer las inscripciones de las lápidas o tarde o temprano se encontraría con la suya. Eso encontró Iván y supo o quiso creer que el niño había muerto por haber leído su fecha de muerte próxima. Lo que Iván evitó a tiempo fue leer el año de su fallecimiento, probablemente lo que cree que es el motivo porque no haya muerto aún o en fechas próximas a aquella visita porque la sugestión de saber el año habría terminado por matarlo de terror.

–Vengo a preguntar por este símbolo –sacó de su bolsillo un trozo de papel que tenía preparado para la ocasión. Su amigo lo tomó por cortesía devolviéndoselo de inmediato.

–No necesito analizarlo. Esto es el sigilo de Mechappell.

–¿Quién es Mechappell? ¿Un santo? –le miró dubitativo.

–Es un «servidor» que usan los magos del caos generalmente para pedir ayuda para aquellos que creen que necesitan justicia. Entre otras peticiones está la de ayuda creativa, la intuición, seguridad.

–Vale, ya entiendo.

–Podrías preguntarle a Erinia, recuerdo que cuando trabajaba aquí tenía esculturas de él, no sé si lo siga trabajando.

–Claro, ella es buena para estas cosas –dijo con cierta suspicacia–. Iré a hacerle una visita pronto.

–¿Estás detrás de algo, amigo?

–Eso creo

***

Le parecía absurdo tener que volver a buscar la ayuda de la bruja, inmerso en un mar de confusión desde hacía días, incluso meses. Necesitaba una explicación y tendría que obtenerla de ella aunque tuviera que sacarle una confesión a la fuerza. Te estás basando en la aparición de un ser en tus sueños, no parece justo para ella. ¿Y qué tal si estoy embrujado? ¿Si puede controlarme en el momento en que me vea? ¿Eso hace la brujería?

Recorrió a pie las calles paralelas a Insurgentes porque notó ligeramente entre la costumbre de los olores que su ropa ya empezaba a desprender aromas bastante desagradables y no quería llamar la atención. Pensaba que ahora lucía como un «vagabundo nuevo», de esos que él creía que aún lloraban por las tragedias de su vida pasada, cosa que creía que los vagabundos experimentados (dígase de enfermos mentales) ya no hacían más. Los nuevos aún podían sostener conversaciones con la sociedad y orinar en botellas que luego abandonaban porque temían hacerlo en cualquier rincón, como un perro o una persona con poca educación, porque conservaban aún cierto pudor. Bueno, eso lo hacía hasta la gente «normal» en los estadios. Exageraba, también temía y se mostraba paranoico ante la idea de que ya lo hubieran conectado con el homicidio del Huecos y de los otros hombres a pesar de que el periódico nunca mencionó ni mostró su fotografía. Tal vez era una estrategia de la policía para hacerle creer lo contrario, no se confiaría.

Entró al restaurante y subió hasta la entrada del local de Erinia lo más rápido que pudo, evitando clientes y meseros antes de que el olor lo delatara. No pensó en tocar la puerta, mas bien entró a sabiendas que la puerta cedería para él. Mechappell así lo dispuso.

Ya parece mi segunda casa o mi único refugio.

–Erinia, ¿estás aquí? –preguntó en medio de la oscuridad, sintiendo que su voz era apagada o absorbida por los objetos que posaban expectantes a los visitantes. No hubo respuesta.

Buscó algún apagador en la pared y lo encendió. Una luz amarillenta iluminó el lugar. Olía a incienso penetrado en cada objeto y parecía menos lúgubre con las luces encendidas, incluso era otro totalmente distinto a lo que recordaba por lo que se sintió desubicado un momento. En esa primera habitación estaba llena de mantas en las paredes que percibían llenas de polvo de muchos años. Pasó de largo la mesa donde recibía a los consultantes y se metió hasta la habitación donde había visto a la bruja preparar el talismán. Había estantes montados en las paredes a cada lado de la habitación llenas de frascos con hierbas y velas, además de algunas mantas con símbolos que Exequiel en su ignorancia reconocía como satánicos. Las mesas que estaban debajo de los estantes estaban cubiertas también por manteles que caían hasta el piso. En uno de los rincones de la habitación había algunas fotografías pegadas en la pared de hombres en situaciones comunes sin notar que eran retratados. Notó que había en realidad dos grupos de fotos, una grande y una más pequeña. En la grande al parecer lo que vio en común es que eran personas de clase económica baja o así lo aparentaban los lugares, incluso creía que algunos de ellos habían aparecido en días recientes en los periódicos, a diferencia del grupo pequeño donde aparecían personas de más clase, aunque no todos puesto que vio su propia foto ¿ahí? Qué demonios… Era una foto que lo mostraba afuera del banco donde solía vender. Pensará que tengo dinero porque vendía cosas carísimas y no es así. Además, solo especulo, pero ¿qué hay con ellos?

Escuchó que la puerta se abría en la otra habitación, pronto se escondió bajo la mesa que tenía en frente y se cubrió con el mantel.

–¿Hola? ¿Erinia?

La persona entró y se detuvo frente a la mesa. Había alguien más.

–Pff, ¿qué es ese olor?

–Incienso –se escuchó que el otro le contestaba a lo lejos.

–Sí, pero está mezclado con algo más, como a pipí.

Exequiel se sobresaltó, pensó que entrarían hasta el fondo del lugar y le descubrirían por el fuerte olor agrio.

–Le voy a decir a Erinia que vuelva a limpiar porque ya huele muy mal y nos va a espantar a los clientes.

Las luces se apagaron y la puerta se cerró.

No, no, no. Exequiel salió de debajo de la mesa golpeándose en la coronilla. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad total porque aún lograba ver brillos. Entró en pánico de no poder salir sin chocar o desordenar el lugar, sobre todo de sentirse amenazado por las figuras y pinturas "satánicas" que se encontraban a su alrededor observándole. Se paró justo en lo que creyó era el centro de la sala del fondo, poco a poco sus ojos distinguieron la luz de una vela que no había notado con la luz completamente encendida, era un cirio pequeño de color negro que contrario a lo que el creería sobre la absorción de la luz, esta la duplicaba. Exequiel también pudo observar que la vela estaba alumbrando una manta con el símbolo que le había dado Erinia.

–Mechappell.

"Aquí estoy." La flama de la vela titiló al ritmo de las sílabas.

Silencio. La habitación estaba tan exenta de los sonidos exteriores como en un estudio de grabación. Su propia voz parecía absorbida.

–¿Eres… un demonio?

"Depende, Exequiel, de la conciencia que me invoque, de sus deseos y necesidades. De lo que pueda ganar y que las dos partes obtengamos lo que queremos."

–Me has estado ayudando, entonces. ¿A cambio de qué?

De violarme, cabrón.

Silencio.

Exequiel sacó de su bolsillo del pantalón el papelito. ¿Estás dispuesto a perder su protección?

"¿Lo estás?"

Acercó el papel al cirio y dejó que se quemara sobre el mantel que a su vez empezó a arder poco a poco. Es hora de irse.

Exequiel cerró la puerta del lugar tras de sí. Unos clientes alcanzaron a verlo y de inmediato alertaron a una de las meseras –la india atractiva– para quejarse del olor que despedía y lo sacara de inmediato, a lo que la chica respondía afirmativamente con la cabeza sin abrir la boca.

DOCE

–Es que tú nunca me has querido, Erinia. Nunca has querido compartir conmigo ese poder. Teniéndolo todo, ¿no crees que puedo hacerlos felices, volver a ser una familia normal, unida?

–Nosotros no somos normales, Amelia. No sabes lo que es el poder, no sabes para que lo ocupo. Es falso, como la familia, si tuvieras lo que tengo estarías bajo la misma amenaza, soy una herramienta.

–Yo quiero ser una herramienta, quiero sentirme útil como antes.

–No sabes lo que dices, Amelia. No tuviste el tiempo de darte cuenta para qué te necesitaba Alfonso.

–No lo llames así, ¿por qué no nos llamas por lo que somos para ti?

–Porque no quiero sentirme atada a ustedes –y lo sentía a pesar de las palabras y los nombres.

–Lo estás, Erinia, somos tu sangre.

–¡Cállate!

–Ven, hija. Dame un abrazo. No te vayas.

–No puedo, tengo que hacerlo, creo que nos estamos haciendo daño.

–Me harás más si te vas –le temblaba la voz.

–No, no me chantajees.

–Si no te estoy diciendo ahora de los demonios. Sabes que podría soltarlos…

–Para hacerme daño, lo sé, lo tengo presente y por eso quiero irme, antes que tengas que recurrir a eso, antes de que te vuelvas loca por completo y no haya vuelta atrás. Antes de que te pierdas en este mal de objetos sin uso. En esa ansiedad material que te rodea.

–No te vayas –Amelia tomó un frasco aparentemente vacío que tenía bajo una de sus enormes acumulaciones de grasa abdominal, una Coca-Cola de vidrio de 600 mililitros–. Lo arreglaremos juntas, lo prometo.

–Lo ves, no lo estás diciendo pero pretendes amenazarme.

–No es cierto, querida, solo… –tomó la tapa del frasco–. ¿Es en serio?

–Si digo que sí, ¿destaparás esa botella? –entonces Erinia se sintió vulnerable, era como una niña, cuando todo el tiempo, detrás de su mesa de lecturas se sentía una Papisa, como su abuela, casi una diosa de la magia. Frente a su madre no había tal poder, porque de alguna manera sabía que Amelia tenía más fuerza.

–No solo esta.

–Para, Amelia. Me voy a ir, y no quiero que me sigas con tus estúpidos demonios.

–Serán los tuyos, no los míos, querida. Los demonios le pertenecen a quien rodean, a quien molestan. Ellos están a mi cargo.

–Eso crees. Bajo amenaza no cuenta.

–Adiós, entonces –destapó la botella al tiempo que pronunciaba su despedida.

Erinia saldría corriendo de ese hogar sin mirar atrás, sin mirar qué le perseguiría. Al menos no ese día. Estaría preparada.

***

Mucho tiempo después, en algún lugar de la sala/habitación de Amelia, se colaba una pequeña voz que cantaba como un preso, era un blues traducido a manera de juego:

Estoy solo, quiero morir

Sí, estoy solo, quiero morir

Si no he muerto aún

Oh, nena, tú sabes el porqué…

En su trono, la reina de la acumulación –con un reino en decadencia–, Amelia, se encontraba buscando algo alrededor suyo, su capacidad de movimiento la limitaba a girar su cabeza tan solo unos centímetro de su abultado torso. Sus quejidos reflejaban el cansancio y entonces después de tanto batallar se dio cuenta que había olvidado lo que buscaba. Un poco de dignidad, Amelia, eso se perdió. Hacía horas que la enfermera se había retirado, al cabo ella no iría a ningún lado, no se caería al suelo porque había desaparecido hace tiempo junto con sus piernas, con probabilidad sufriría un paro cardiaco que le arrancaría la vida de una vez por todas. No moriría, al menos no sin antes resolver los pendientes.

Es en serio que pretendes lo que pretendes./ Cien por ciento segura./ Es carne de tu carne/ De eso me sobra, chiquita. No sería algo que extrañe./ Eso es grasa, nada más./ Vaya que lo de madre no te sale/ Se aprovecharon de nosotras./Es justo./ Dudo que conozcas el significado de esa palabra./ Conoz-

co más palabras de las que crees, y más poderosas que esa. Debo ser la única con verdaderos poderes por aquí./ He escuchado de Erinia bastantes cosas./ Es una aficionada, además, se ha prostituido justo por su propio padre, ese imbécil interesado.

Se escuchaban ruidos en una de las transportadoras para gato que la rodeaban apiladas. Algunas habían desaparecido bajo objetos de todo género pero lo que estuviera ahí seguía con vida.

–¿Quieren callarse? No puedo concentrarme en la conversación.

–Por favor, doña Amelia –decía una voz pequeña, como la de un bebé con la garganta irritada y llena de flemas–, libérenos y seremos de usted.

–Ya son míos, por eso están encerrados.

–Haremos lo que nos ordene sin que necesite mover un dedo, bueno, solo un poco el brazo.

Amelia pensaba, no quería ser traicionada por esas pequeñas criaturas, eran una opción considerable.

–¿Doña…?

–¡Cállate, estoy pensando!

En realidad llevan años ahí y no se te había ocurrido./ No es fácil confiar en la gente, no después de lo de Alfonso./ Alfonso no es el mundo y ellos no son gente./ Él lo era para mí y peor aún si son demonios, pero pueden ser confiables si saben lo que les conviene.

En su mente apareció la carta Cinco de Bastos. Amelia tenía una extraña especie de sinestecia donde en vez de percibir colores en los sonidos o sabores en las texturas, veía cartas del tarot dependiendo de sus pensamientos o la forma en que se proyectaban sus planes o se realizaron ciertas formas del pasado. El Cinco de Bastos era una lucha entre sus “yoes” y las ideas que tenía cada uno de ellos. Cuatro de Copas, el hombre testarudo que no ve los regalos de la vida. Quiere ser querido, como ella. Rey de Oros de cabeza, el hombre testarudo que aunque lo tiene todo no está satisfecho. Es un claro ejemplo

de quién es ella, que al Rey lo que le rodea se hace uno con él, pero, en el interior está a la defensiva con su armadura.

–Debe morir esa maldita aficionada.

Enseguida, de debajo de su axila sacó un cuchillo viejo de empuñadura de trapo percudido que alzó al aire y trazó algo irreconocible en el aire.

–Salgan ya, infelices. Vayan de pesca, mis verdaderos hijos, y no olviden a su madre.

–Para el cumplimiento de todas las susodichas condiciones –se escuchó rezar al líder–, nos obligamos y comprometemos, bajo pena del céntuple aumento de nuestras torturas de momento en momento, y de la privación de nuestros sellos, honores y dignidades: en fe de lo cual hemos estampado nuestros sellos, marcas y caracteres para servir a todos los que nos invocan, y, acto seguido, haremos cuanto se nos ordena sin ninguna demora.

Las rejillas de las transportadoras se abrieron por arte de magia, literalmente. Los extraños seres que eran tan pequeños como un gato y de formas tan diversas crecieron tres, cinco, diez veces, algunos incluso más. Inmediatamente salieron por las ventanas y puertas sin siquiera abrirlas. No había necesidad de mencionar la tarea, su conciencia y la de Amelia eran una después de tanto tiempo de cautiverio y de escuchar tantas charlas internas. Eran sus demonios.

–No regresen hasta darme noticias alentadoras. Hagan feliz a su madre, queridos. Quiero volver a ser la más poderosa de nuevo.

Cuando los demonios se hubieron retirado, apareció un bulto antropomorfo a espaldas de Amelia, ella no lo vio, pero notaba su presencia.

–Hola, Amelia.

–¿Qué buscas aquí?

TRECE

Esa misma tarde mientras el sol se escondía tras los edificios altos de la Ciudad de México, Iván Padilla se acercaba curioso al local de Sonora. Estaba un hombre que llevaba una mascarilla y varias lámparas para poder iluminar el lugar ya que la colonia Condesa se había quedado sin luz.

El negocio de Erinia y sus alrededores estaban sumergidos en una bruma tóxica que se produjo tras incendiarse y caer convertido en cenizas. Algunas personas que se habían acercado interesadas comentaban que todos habían logrado salir ilesos.

Iván se acercó un poco más cubriéndose la boca, cruzando la línea policiaca mientras iluminaba su identificación. En ese momento vio con tristeza el letrero achicharrado con su nombre y el de Erinia que aún pendía como de un hilo.

–Parece que no solo las tortas estuvieron "al fuego" aquí –dijo sarcástico uno de los bomberos presentes–. Lo bueno que la falta de aire no dejó que se extendiera demasiado, en estos locales no corría mucho aire del exterior.

–Sí, me comentaron alguna vez los del negocio de comida que cuando compraron el lugar la tarotista no quiso vender sus locales –dijo fingiendo ser ajeno al lugar–, así que el restaurante se los fue comiendo poco a poco por alrededor mientras se expandían dándoles chance con una entrada que dejó de ser independiente. La gente tenía que cruzar el restaurante para llegar a ellos. –El investigador guardó silencio un instante esperando la respuesta desinteresada del bombero–. ¿Saben algo de la ella?

–¿La bruja? –contestó despectivo–. Dijeron que no se ha aparecido en días, que probablemente había dejado alguna vela encendida. Incluso una de las meseras me dijo que el último día que la vieron había dejado la luz encendida, cosa que nunca solía hacer, esperando volver talvez –el bombero refle-

xionó un poco y agregó–. Aunque dice que en vez del olor habitual de ella había un olor a orines. Así lo describió particularmente, tal vez tenía mucho tiempo sin venir y dejó algo que se descompuso o algún frasco abierto de esos donde tenía hiervas, es extraño.

–Sí, muy raro, supongo que era un detalle poco común para la mesera. ¿Dónde inició todo?

–Al fondo –señaló el hombre uniformado.– ¿Y usted es?

–Investigador Iván Padilla –le mostró su identificación y le tendió la mano–. Estaba cerca y vi que se estaba incendiando el lugar, venía a visitarla. Resulta que el local que ocupaba Erinia fue mío, bueno, uno de los dos que después unificó. Recuerdo que la puerta aún tenía mi nombre y número de teléfono anterior, nunca lo quitaron. La gente solía creer que todavía andaba en eso.

–Ah, usted era el parapsicólogo.

–Así es, soy particularmente amante de lo paranormal.

–Bueno, pues eche un vistazo a los restos a ver si encuentra algún libro hechizos intacto o el fantasma de algún quemado por aquí –dijo el bombero mientras se daba para ponerle fin a la conversación, tratando caminar despacio sobre los escombros calientes con su enorme traje.

Iván caminó enseguida hacia el fondo del lugar donde le había señalado el origen del siniestro. Había algunos libros entre nuevos y viejos parcialmente quemados, velas derretidas por el calor, frascos que habían explotado sobre sus estanterías y las mesas y algunas fotos que habían logrado salvarse. Era evidente que el papel y algunos objetos viejos habían ayudado a una combustión que se habría esparcido con rapidez. Al menos no hubo muertos o heridos, pensó Iván, no soportaría ver calcinados. Los muertos a golpes aún conservan cierta forma humana y no a animal rostizado. ¿A qué olerá…?

Rescató algunas fotos sin un propósito especifico sino por simple curiosidad. Notó un patrón inmediato aparente en ellas. Las sostuvo entre sus dedos tratando de mantenerlas juntas. Todas tenían un

símbolo marcado que por las quemaduras no pudo distinguir. Conectando unas con otras pudo darle una aparente continuidad. Era monograma como el que llevaba en el bolsillo.

–¿Esto es lo que creo que es? –dijo en voz alta.

–¡Oiga, venga acá! –gritó el bombero de cuclillas desde donde había sido la entrada del local. Observaba algo entre los escombros que había empezado a destapar apartando restos carbonizados– ¿Le gustan los muertos?

CATORCE

Iván Padilla se llevó consigo algunas fotografías y recortes de periódico del local, donde ahora muy probablemente yacía calcinada su dueña (lo confirmarían cuando descubrieran la identidad del cuerpo). Entre las imágenes se encontraba una toma en blanco y negro que rompía con las demás. En lo que parecía ser un consultorio improvisado con tan solo una mesa, estaban unas personas que parecían pertenecer a Estados Unidos allá por 1940. Un doctor le administra una inyección a una niña de pelo corto y lacio que solo vestía unos calzoncillos al ombligo. Al parecer su mamá está sentada a un costado de la menor y una enfermera les mira de pie detrás del doctor. Las demás fotos eran de hombres comunes y corrientes que seguramente algo tendrían de interés para la bruja.



Detrás de la foto antigua alguien –tal vez el autor–, escribió:

Mrs. M.E. Chappell with her daughter, Sybil Lee being given typhoid anti-toxin by Dr. F.A. Williams, director of East Carroll Parish health unit, assisted by Miss Lucy Akin, community nurse, in the project school clinic. Transylvania Project, Louisiana.

Pronto recordó la nota de revista de ensayos paranormales con la foto porque contenía cierta información de la época que le pareció particularmente interesante, aunque situada en México. Cuando encontró la nota entre su colección inclusive notó que los nombres eran ciertamente parecidos, si no es que los mismos.

Escribía el autor:

EL POSIBLE ORIGEN DEL SERVIDOS MECHAPPELL

Esta historia empieza con los planes de unas vacaciones de una pareja de americanos por el sur de nuestro país, México. Dicha pareja habían comprado boletos de avión para ellos y su hermosa hija para realizar una visita al estado de Chiapas, allá por los años de 1940, por lo que el doctor de cabecera y amigo F. A. Williams les había recomendado que vacunaran a la niña Sybil contra la tifoidea, ya que en países subdesarrollados –así lo consideraba el doctor Williams– era muy común ese tipo de enfermedades. El interés en el lugar resulta muy particular ya que Acapulco era el destino con mayor fama para los extranjeros de aquel entonces. Al parecer no eran personas con intereses comunes.

Se dice que los hechos sucedieron cuando visitaban la iglesia ubicada en San Juan Chamula. La señora Meredith E. Chappell durante esos días había empezado a sentir mareos y dolores de cabeza que habían atribuido a la altitud y el clima del lugar, pero conforme los días avanzaban ella iba empeorando. Insistía en seguir con el plan del recorrido y que al acostumbrarse a la región pronto se le pasaría. Su esposo tenía miedo de que fuera tifoidea como había dicho su doctor. La falta de médicos en la región hacía que no se le pudiera atender de manera adecuada. «Además», comentó ella, «seguro en Chamula hay alguien que me pueda ayudar». Probablemente se refería a los brujos que ofrecían sus servicios de limpias realizadas en sus propios hogares.

No estaba tan equivocada.

Cuando llegaron al patio frontal de la iglesia junto con su guía, una mujer con traje típico de una chamula –falda negra de lana con rayas blancas, una blusa bordada con los diseños típicos de la región y faja de color roja– se les acercó apresurada y dijo que debían entrar a la iglesia lo más pronto posible. Después se percataron de que venía acompañada de un niño al cual le indicó algunas cosas en su idioma tzotzil. Cuando estaban dentro de la iglesia el niño llegó con una gallina negra, una botella de un líquido transparente, el pox. *La curandera dispone veladoras a la cabeza de la mujer que ha sido acostada sobre las hojas de pino sobre el suelo. Ya había empezado a agonizar, después tomo del líquido y lo escupió sobre ella para intentar limpiarla, según les había comentado el guía. En ese momento el señor Chappell y el guía tuvieron que sostenerla de los brazos porque empezó a retorcerse. «What happen to me?», decía, «¿Qué pasa?».*

La curandera arrebató la gallina de las manos del niño y sosteniéndola por las patas la pasó por todo el cuerpo de la señora Meredith.

–¿Cómo se llama la señora? –preguntó la curandera.

–Me… –empezó a decir el guía.

–Mer E. Chappell –interrumpió el esposo que había entendido el español.

La curandera empezó a rezar el padre nuestro y a llamarla como ella había entendido:

–Ven, Mechappell. Regresa con nosotros. Ven, no te quedes.

El esposo de la mujer estaba sorprendido porque pensaba que solo estaba enferma y necesitaba un doctor que la atendiera, que la señora estaba loca. Aun así, admitió pensar que ella sabía lo que hacía. La hija, Sybil Lee, por cierto presenciaba toda la escena llena de pánico. Las veladoras a la cabeza de Meredith empezaron a agitarse con una corriente de aire pero eso no parecía posible, ya que las personas encargadas del lugar solían mantienen las ventanas y la puerta principal cerradas, esta última permitiendo el control de la gente que entraba y salía.

–Regresa, Mechappell, regresa.

Sybil (quien fue la que nos contó el relato tanto como lo recuerda como se lo contaban sus propios padres), pensaba que en realidad estaban llamando a alguien más, a otra entidad, y no precisamente a su madre.

–Las veladoras están agitadas –mencionó el guía–, eso significa que está muy mal.

La curandera acabó de pasar la gallina negra por el cuerpo de la mujer y Meredith comenzó a tranquilizarse y a dejar de sudar. El animal ahora se encontraba agitado.

–La gallina ha absorbido lo suficiente.

Debemos mencionar que desde hace unos años los rituales han introducido la Coca-Cola para hacer eructar al enfermo y sacarle todo el mal echado *después de haber realizado la lim-*

pia, en esta ocasión nadie nos mencionó que se hubiera usado, quizá fue un error en el proceso.

En medio de la agitación de animal y el intercambio de objetos en las manos de la curandera, la gallina saltó al suelo y salió corriendo, aprovechando la entrada de un visitante para poder escapar de su tortura. Detrás de la gallina salió el niño corriendo y la curandera a los que no volvieron a ver en el pueblo. El guía les dijo que la gallina debió haberse sacrificado en el instante con una torcedura de cuello, pero que desconocía lo que podía pasar si escapaba, incluso si salía de la iglesia.

Con el paso de las horas, Meredith empezó a mejorar.

Tras el suceso, decidieron cancelar los planes pendientes por el estado o el país y regresar a Estados Unidos.

El resto de la historia de este servidor es de lo que no hay registro. Su rastro reaparece en el Mercado Sonora, en los sigilos y esculturas de pequeños gallos o gallinas negras con un espejo sobre su cresta (con relación a los santos de la iglesia en San Juan Chamula, quienes llevan espejos en el pecho para que la gente se reconozca en ellos). Muchos de los brujos y brujas del mercado nos mencionan que Meredith solo fue un medio para que el demonio traspasara la barrera de su plano al nuestro, que ni Estados Unidos ni México o nuestro mundo se encuentran dentro de sus verdaderos orígenes, aunque muchas personas en San Juan Chamula desde entonces le rinden culto en secreto porque se volvió un tabú entre los habitantes. Lo consideran un patrono importante del lugar.

¿Y sus intenciones? Las causas justas y los destinos fatales, según se cree.

QUINCE

Dentro de la casa, una sombra se estaba retorciendo de un lado para otro creando formar aleatorias, formas fantasmales, monstruos, absorbiendo la poca luz que entraba por las ventanas. Amelia se despertó presintiendo una energía vieja y negativa que le era familiar.

“He escuchado que suplicabas ayuda”. Dijo la sombra. Amelia sospechaba que estaba detrás, pero bien podía ser una alucinación de esas que solía tener con frecuencia, ya que no podía el torso para ver.

“Cuál ayuda, culero, para eso están mis demonios”, contestó ella con amargo rencor.

“¿Reales o internos?” Rio la sombra. “De cualquier modo te he ayudado, me gusta ser justo y fuiste devota a mí durante muchos años”.

“Eres un imbécil, Mechappell, ¿qué diablos tramas?”, giraba sus ojos de un lado a otro para percibir de reojo si se trataba de él o era una trampa mental, el cuello a veces no era de gran ayuda. Sentía que se acercaba, en otras ocaciones habría sentido frío. Esta vez había un ambiente húmedo y cálido que aumentaba cada minuto.

“He traído a Erinia, está dentro de mí. Ahora puedes matarla tú misma con ese cuchillo”.

“No quiero nada de ti. No te creo, traicionero de mierda. He mandado a mis demonios por ella y seguramente han hecho el trabajo que les pedí. Estarían aquí si no la hubieran encontrado porque están bajo mis órdenes”.

“No son tan listos como crees. Bueno, eso depende de ti, de ser precisa con lo que pides”, dijo el ser con una risa macabra que provocaba escalofríos.

Fuera de la casa, se empezó a escuchar una especie de aleteos que se acercaba cada vez más a la casa de Amelia. Ella sintió tranquilidad al escuchar ese sonido, creía que estaría protegida.

“Pronto, dime, ¿quieres terminar el trabajo o deseas que sean ellos para que no sientas remordimiento de tu propia carne?”

Amelia sacó el cuchillo de su axila (algo de lo que no se desprendía jamás), y se puso en posición de defensa tanto como su cuerpo le permitió. La parvada allá afuera había empezado una especie de concierto sin ritmo contra la puerta principal, chocando y arañando como leones que están hambrientos.

–¡Déjala salir!

La sombra empezó a desaparecer como humo toxico y en su lugar el cuerpo de Erinia surgía de la confusión.

–¡Mamá! ¿Qué…?

–Ven, acabemos con esto de una vez por todas.

–Ama, ama, ama –se escuchaba desde afuera–, creemos que Erinia está aquí, no hemos podido terminar el trabajo. Déjenos entrar. Ama, ama.

Amelia parecía apenada porque Erinia les había escuchado conversar. Al verla ahora, se arrepintió de los sentimientos de odio que había mantenido por años en su contra, por el amor natural que le tiene una madre a sus hijos. Ahora temía que los demonios lograran finalizar su tarea, ya no podía detenerlos porque todo lo hacían hasta el final, por eso hacía confiables a ese tipo de seres. Pero ¿habría pensado alguna vez que se arrepentiría después de todo el mal psicológico (toda esa grasa mental y esa cárcel de objetos innecesarios que reflejaban su enfermedad) y el abandono en que la tenían Alfonso y Erinia creado por sí misma?

“¡Entren, demonios!”, gritó Mechappell imitando la voz de Amelia. “Destrúyanla”.

La puerta fue hecha añicos y mientras los demonios atravesaron la sala en segundos, Amelia aprovechó para abrirse una enorme herida con su cuchillo en donde creía se encontraría su estómago. Ahora era una entrada chorreante de grasa, viseras y sangre.

–Entra, Erinia. Escóndete, m'ija.

Sin pensarlo, Erinia entró en el escondite abriendo sus pesadas carnes sin poder evitar que los intestinos se saliesen para adoptar una posición fetal, haciendo un acto de nacimiento devolutivo. Sin distinguir a su ama, los demonios empezaron a atacar el cuerpo de Amelia sin piedad.

Amelia empezó a lanzar cuchilladas al aire para defenderse de quienes juraron defenderla, pero siempre había sido una obligación que detestaban.

"Qué irónico, ¿no?", pensó Mechappell con una sonrisa en algún lugar de su etéreo cuerpo.

El sol bajaba por el horizonte tiñendo de rosa y rojo el cielo de smog.

Exequiel se acercaba a la dirección que Mechappell le proporcionó para encontrar a Erinia, cuando vio una parvada extraña de aves negras en el cielo que tomó como una señal inequívoca de su destino, cual chamán urbano. Qué desgracia la oscuridad de esa visión y mi futuro.

Se apresuró hasta llegar a donde habían descendido las aves de mal agüero. La casa que parecía haber sido alguna vez de un blanco brillante ahora estaba bajo manchas de humedad y pintura descascarada parecía llevar décadas en el abandono, sumando que había objetos viejos apilados alrededor sumándole más desastre. Exequiel acercó su mano al bolsillo recordando que hacía unas horas había quemado el sigilo de Mechappell en el lugar de Erinia. Maldita sea.

Entonces vio que la puerta de la casa se abría y que las aves –¿en realidad eran aves?– que esperaban afuera desesperadas entraban con desesperación. Exequiel se acercó a la entrada desde donde observó la inesperada escena que transcurría.

Mechappell disfrutaba como Amelia era desgarrada, hecha jirones de piel. Le eran desprendidos pedazos con destreza mientras ella lanzaba cuchillazos en su defensa sin ningún resultado. Capa tras capa, pedazo por pedazo lograron avanzar hasta que los demonios inútiles encontraron a Erinia.

"¡Basta!".

"Pero…".

"¡Dije, basta! Ahora son libres, Amelia ha muerto ya. No es necesario que terminen el trabajo."

Los demonios se vieron entre sí, dándose cuenta de la situación estúpida y favorecedora en la que se encontraban. Después de haber pasado tanto tiempo juntos ahora eran un ser homogéneo dividido en muchas partes.

"¡Corramos!".

A la salida de su cruel hogar, los demonios esquivaron con precisión a Exequiel. Como si «lo malo» me estuviera reservando para él, pensó.

"Eres hombre de otros males, Exequiel. No nos pertenece hacerte daño porque eso pertenece a Youaltepuztli", le dijo uno de ellos.

"¿Qué?".

"Entra, termina con esto".

Exequiel observó sorprendido el desorden del interior. Era como una col roja que ha dado nacimiento a un bebé desarrollado, el destripamiento había dejado un camino rojizo desde el fondo hasta la entrada. Esto le hacía pensar en un ser orgánico e inanimado que dormía extendido por toda la casa y que en cualquier momento con el primer pie puesto dentro despertaría.

Esquivando objetos y apoyando sus pasos inseguro como gato sobre un terreno nuevo, caminó hasta la cosa que había sido Amelia y el feto de Erinia que apenas respiraba inconsciente. Mechappell le acercó el cuchillo de Amelia alcanzándole la cacha.

Mechappell lo esperaba.

"Sí me liberas puedo ayudarte con Youaltepuztli, además Alfonso ya no te hará más daño, porque te desharás del lazo que nos une".

"¿Él que tiene que ver en esto?”.

"Pensé que ya lo habrías deducido. Alfonso Durán es el padre de Erinia y esposo de Amelia.

"…"

"Alfonso es dueño del periódico El Ammit donde salió la foto solamente para presionarte, para quebrarte, un poco de diversión mientras Erinia y yo nos alimentábamos con tu energía. A los que son inútiles los retorcíamos de dolor hasta la muerte. Las personas a las que se les puede sacar provecho como tú y tu dinero –si en algún momento decidías hacerte cargo y quitar de en medio a Jacinto– las trabajamos, influenciamos, hasta que nos entregan lo poco o mucho que tienen y luego nos deshacemos de ellos. Después salían en los periódicos para crear interés y alimentar el otro vicio de Alfonso y el de la gente, el morbo de los cuerpos torturados e inanimados medio de la tragedia. De tanto en tanto Alfonso se ha hecho de mucho dinero de esta manera con mi ayuda y la de Erinia, la riqueza que perdió su familia."

Exequiel escuchó atento y reflexionaba, ahora tenía sentido, aquel hombre de los zapatos lo llevó a la trampa y por casualidad supieron que había dinero en su vida.

–Entonces trataron de atraer a Jacinto cuando se dieron cuenta que la herencia era de él, ¿verdad?

Mechappell pareció no escucharle.

Entonces en medio del silencio, Exequiel hizo consciente de nuevo el cuchillo en su mano.

Hay que pensar un poco más las cosas, se dijo para sí. Sabía –aún había tiempo de salvarse– dentro de su conciencia, que estaba mal el quitarle la vida a una persona.

"La segunda es por elección, Exequiel, recuerda".

–¡Al diablo con la moral!

Realizó algunos movimientos con el cuchillo que Mechappell no comprendió en el instante. Después observó fascinado cómo realizaba cortes sobre el cuerpo de Erinia que desprendían chorros de sangre que salpicaban a su victimario.

El servidor, convencido del cumplimiento del asesinato, desapareció.

DIECISÉIS

Cuando Exequiel regresó en sí, hizo consciente la oscuridad de la casa, el sol había desaparecido para darle lugar a la penumbra, ya no se trataba del demonio o lo que fuera.

Sólo quería que todo terminara.

Al salir de la casa notó un espectáculo de luces como un transformador explotando en medio de la noche. En realidad eran dos seres luchando y hablando cosas en idiomas incomprensibles para los espectadores –vecinos que se habían alterado al ver la parvada de demonios entrar en la casa de Amelia "La loca de la basura".

Mechappell y Youaltepuztli peleaban por Exequiel. No se ha dado cuenta de lo que he hecho. Miraba la escena extasiado, jamás había visto tal cosa. Mis padres mandaron esto a matarme o al menos a hacer mi vida miserable y al final no fue su maldad sino la de otra persona la que me ha dejado en la

miseria de mi existencia, con una raya tallada en la pared de mi celda mental, la del Huecos, y tal vez una más…

Del otro lado de la calle se encontraba Iván Padilla observando el espectáculo en el cielo. Había llegado al lugar investigando la dirección de Amelia –tras varios textos en revistas que hablaban del deplorable paradero de la Gran Bruja–, al saber que era la madre de Erinia. Amelia le había vendido hacía mucho tiempo algunos amuletos en el Mercado Sonora y sabía de la fama que tenía entre sus colegas y algunos políticos.

–¡Qué demonios está pasando? –preguntó Iván a uno de los vecinos usaba su brazo como sombra contra la intensa luz en el cielo.

–No lo sé, tal vez la bruja nos quiere chingar a todos de una vez por todas.

–Bendito Dios, espero nos libre de este apocalicsis –dijo una mujer en delantal con un rosario entre las manos.

Había dos energías indescriptibles para los presentes. Algunos distinguían las formas de un hombre con el pecho abierto que se descomponía en sombras amorfas. Algunos otros dirían que había un gallo gigante con cuernos.

–Youaltepuztli… será –dijo el investigador–, del otro no estoy seguro, presiento que es Mechappell, el complice de…

–A ese lo conozco, venía a visitarme en sueños –dijo uno de los vecinos presentes sin perder de vista el espectáculo.

De pronto una explosión aventó a todos los espectadores de espaldas inesperadamente. Algunos gritaron adoloridos, aquellos que miraban sin protegerse de la luz, porque habían empezado a sentir que la

piel de sus rostros se empezaba a quemar, otros empezarían con una ligera ceguera sin sospechar que se quedarían completamente ciegos en unos meses.

–¿Terminaron? –preguntó Iván mientras se tallaba los ojos.

A recuperar la visa, observó que se había quedado solo mientras los vecinos corrían asustados a sus hogares. ¿El monstruo del pecho partido habría vencido?, se preguntó de nuevo Iván.

–Al final es Tezcatlipoca, es un dios…

El ser caminaba en dirección a la casa en busca de Exequiel. El investigador empezó a correr para encontrarlo aterrado de lo que pensaba intentar. Era una oportunidad para no temerle a la muerte, a cada primero de julio… Esperaba no equivocarse, la oscuridad no era su aliada sino del monstruo, del dueño de lo que se esconde en la noche.

Cuando estuvo a pocos pasos gritó:

–¡Youaltepuztli!

Y el ser reaccionó como esperaba. El último salto que Iván dio en su carrera hasta él fue para encontrarlo de frente, encontrar su pecho partido y con la mano tomar su corazón con fuerza. El ser cayó de espalda e Iván a un costado con el órgano aún en su mano, se alejó rápidamente por el suelo para evitar cualquier reacción inesperada.

El ser acéfalo levantó una mano en su dirección temblando.

–Me has vencido. Por favor, devuélveme mi corazón.

–Aléjate de este hombre y rompe mi maldición.

–No puedo romper la maldición. Algo así solo está reservado para mi presa, pero puedo ofrecerte algo de valor, gloria y riqueza.

Entonces de la palma de Youaltepuztli brotaron tres espinas.

–Con ellas no tendrás más miedo, tendrás en vida cosas que puedas disfrutar.

Es mejor que nada, pensó Iván. Se levantó acercó la mano a las espinas al mismo tiempo que desaparecían en el puño que las contenía.

–El corazón primero.

–Claro… sin trucos, por favor.

Iván aventó el corazón al pecho de Youaltepuztli y este inmediatamente desapareció, dejando las espinas en el suelo.

DIECISIETE

El hombre se presentó con Exequiel mientras este reflexionaba –lloraba– bajo el sol sentado a la orilla de una curva empedrada que llevaba a la cima de los cerros para cruzarlos y acceder al próximo poblado. Cruzando el camino frente a los hombres había un barranco de poca altura pero bastante peligroso para los habitantes, abajo había algunas casas, entre ellas la de Exequiel.

El investigador continuó su explicación.

–Así llegué hasta el pueblo, buscándolo a usted particularmente.

–¿Viene a llevarme a la cárcel?

–En realidad no.

Exequiel guardó silencio, su corazón estaba acelerado, su tiempo de ser prófugo de la justicia ¿estaría a punto de terminar?

–No tiene que decirme nada, don Exequiel. De entre todas las cosas –cambió de tema para tranquilizarlo–, sé que hay muy pocas personas en el país que han visto realmente a Youaltepuztli que no fuera en tiempos de la conquista y quería obtener información de la misma fuente. Estuve indagando con

personas del pueblo antes de llegar a usted y resulta que la bruja que lo embrujó, válgame la redundancia, es una persona de Wadley por en cargo de un tal Jacinto, el dueño preventivo de la Mezcalería Tierranegra.

–¿Ese hijo de la chingada? –lo dijo mientras veía al horizonte el camino empedrado que daba acceso al pueblo y llevaba a Wadley–. No lo creía capaz de tanto, si ni siquiera me metía en su camino.

–¿Qué relación tiene con usted?

–¿Conmigo? Mas bien con mi exmujer, de seguro también la embrujó a ella. Nadie sabe qué pasó con ese tipo.

–Parece que quería quedarse con todo ganándose a su familia para luego quitarlo de en medio, ¿no?

–Habrá matado a mis padres… –cerró furioso los puños sobre sus piernas. Iván pensaba que pretendía golpearle por despertar viejos recuerdos–. Es como un maldito robo de identidad todo lo que quería.

–Eso también se dice entre las personas del pueblo. La bruja de Wadley no me quiso decir más – Iván guardó silencio para esperar a que Exequiel se calmara de nuevo y después sacó un ejemplar de El Ammit que decía en letras enormes: "¡AH, CARBÓN!"

Y después en una pequeña nota sobre la foto de un cuerpo quemado:

> *La policía ha confirmado que la víctima no se trataba de la bruja Erinia, dueña del local dentro del local de las tortas Al Carbón, sino de un hombre identificado como Jacinto Suarez. Se presume que era el dueño de la Mezcalería Tierranegra, quien venía a consultar a la bruja para un trabajito que…*

–Creo que en Wadley no le ayudaron suficiente. Por cierto, ¿sabe algo de don Alfonso? El periódico cerró hace una semana, parece que lo buscan por ser el autor intelectual de varios asesinatos publicados en sus páginas de los que solo él, según sus colaboradores, tenía datos confirmados que la policía no tenía en su poder.

–A él no le volví a ver desde que fue a comprarme el arm… los zapatos.

–Los Testoni.

Silencio…

–Lo sé porque esos fueron los que encontraron como el arma del crimen de uno de los homicidios de los que se le acusa. Yo mismo fui a tu casa, a comprobar que había sucedido de verdad.

Más silencio, Exequiel empezaba a temblar nervioso, su mirada empezaba a nublarse y las lágrimas brotaron nuevamente en su rostro.

–Incluso creen que ha matado a su propia esposa, de una manera bastante… exageradamente cruel. Cuando lo tenían detenido, dijo que un señor llamado Exequiel Tierranegra se los había vendido, que era el verdadero asesino del Huecos.

Estaba a punto de desfallecer.

–Eso no parece ser cierto para las autoridades, aunque el cuerpo lo hayan encontrado en tu casa, aunque probablemente vengan a buscarlo.

Olvídalo, Exequiel, hasta aquí llegamos, morirás del miedo.

–Escapó de la prisión preventiva sin que las autoridades descubrieran el maldito truco, se fue sin decir una palabra más sobre los otros homicidios. Con todo y los zapatos puestos.

Exequiel miró alterado a su alrededor. Iván lo notó y quiso cambiar de nuevo el tema de conversación pero creyó que al final todo apuntaría al mismo camino.

–Perdóneme, don Exequiel, usted no me parece un asesino, no vengo a acusarlo, de verdad. Todo apunta a un solo hombre. Me pareció importante su nombre porque era una de las personas de las que Erinia conservaba foto en su local, de los pocos que siguen vivos de la lista. Ella a veces le contaba cosas sobre sus clientes a una de las chicas del restaurante, también, entre otras cosas, se desahogaba sobre la relación que tenía con sus padres. Ella fue la que me dijo que usted veía a Youaltepuztli. Yo estaba en ese encuentro que tuvo Mechappell mientras estabas dentro de la casa. Mechappell desapareció y yo me hice cargo del monstruo. Obtuve esto de él –Iván sacó un pañuelo de su bolsillo que después abrió, estaban las tres espinas–. Desde entonces me he sentido como otra persona, internamente quiero decir. Valiente, sí, pero sin voluntad propia como un frasco que contiene algo ajeno. Sé por eso que estaba usted en el lugar. Lo digo por la presencia Youaltepuztli.

–Desconocía qué había sucedido –miraba el camino evitando los ojos del investigador para no delatar sus mentiras–, yo me enteré por los periódicos –sí, claro, Excequiel–. Admito que desde entonces ya no me ha seguido. Supongo que debo agradecerle.

–Un viejo amigo mío del mercado Sonora me confirmó ciertas visiones de usted, en la casa de Amelia.

Silencio.

–No diga nada si no quiere, yo no diré nada, solo tenga cuidado. Por la policía no, por Alfonso.

–Puede ser, no lo sé… qué más da –levantó la mirada al horizonte con nostalgia–. Y de la bruja… Erinia, ¿sabe algo?

–Nadie sabe a dónde se ha ido, creen que sigue viva. Mi amigo me dijo que fingiste matarla con tu propia sangre…

Ahora los dos hombres quedaron en silencio, esta vez un tiempo prolongado mientras escuchaban el viento del campo arrastrar la tierra del camino y mover la hierva que les rodeaba.

A la distancia, por el camino en el que se encontraban, venía un hombre de traje y zapatos otrora elegantes bastante maltratados por las piedras del camino. Exequiel no tardó en identificar a don Alfonso. Siguió sin inmutarse, tranquilo y alerta, igual que el investigador. Estaba aceptando lo que podría ser su final, su destino inmediato. Alfonso levantó la cara y los observó sonriendo por un momento mientras esperaba alguna reacción de sus conocidos. Bajó la cara sudorosa y metió la mano en el saco para después sacar una pistola. Iván no reconoció el calibre.

–Me dijeron en Wadley que aquí te podía encontrar, Exequiel. Suerte algunas personas del poblado que me han encontrado pidiendo aventón… –Alfonso levantó un pulgar lleno de sangre–. Se han quedado sin gasolina… –esperó la respuesta de los hombres y ante su neutralidad continuó– ¿Me recuerdas?

–Sí…

–Hola, don Alfonso –dijo Iván con aterrada emoción, cuidando no alterar a su antiguo jefe–. ¿Usted me recuerda?

–Sí, claro, el parapsicólogo cobarde.

Don Alfonso levantó el arma y apuntó hacia Exequiel.

–Has destruido todo lo que tenía, ¿sabes? No esperaba que un inútil vendedor de segunda mano como tú pudiera hacerlo.

–Fue por el demonio ese –dijo Exequiel tranquilo.

–¿Youaltepuztli? –preguntó Iván.

–Mechappell.

–Ese cabrón traicionero –dijo don Alfonso.

–Eso justo… pos dele, pues. Dispárele.

Entonces Iván, sorprendiendo a los presentes y sin poderse controlar, empezó a toser exageradamente alternando escupitajos hasta que logró vomitar una cosa negra y espesa cayendo después al suelo inconsciente. Todo estaba sucediendo rápida y confusamente. Exequiel y Alfonso creyeron que se había puesto nervioso y no le prestaron atención porque estaban en medio de una discusión para resolver sus diferencias.

El vómito empezó a moverse, avanzando hasta hacerse una sombra sin origen bajo la luz del sol.

“Hola, Alfonso" escucharon los presentes en aire.

La cosa provocó que Alfonso apuntara el arma aterrado hacia eso, empezó a saltar en un pie para quitarse un zapato con la mano libre y empezó a golpearse la cabeza con todas sus fuerzas, a Exequiel le pareció que tenía la cabeza bastante dura para no haber empezado a sangrar, quería disfrutar el momento pero algo en su interior no lo dejaba. Los recuerdos y la adrenalina de una muerte a propia mano. Después de varios golpes intensos empezaron a brotar chorros de sangre, y luego los crujidos de huesos que identificaba bastante bien lo habían puesto nervioso nuevamente.

–¡Deténgase ya! ¡Suficiente, hombre! –gritó Exequiel.

–No puedo, no puedo, no pued… edo… pu… no…

Su voz se detuvo por un gorgoteo, seguía golpeándose en medio de los movimientos espasmódicos. Ya está muerto este cabrón.

Se detuvo. Empezó a caminar de espaldas con el zapato en la mano hasta que se dejó caer de un salto por el barranco, girando sin control encontrándose con arboles y espinas y rocas que le fueron rompiendo el resto de los huesos. Su cuerpo se detuvo varios metros abajo cuando chocó con una roca de varios metros de diámetro.

Exequiel corrió intrigado al otro lado del camino para observar aparatosa la caída.

"No te preocupes, ya no te hará daño y nadie lo podrá encontrar".

El cuerpo se volvió a levantar entre crujidos de huesos y ramas, rodeó la roca y continuó la de nuevo su caída.

Iván Padilla empezó a reaccionar, se había golpeado la cabeza al caer y ahora sentía un dolor intenso.

–¿Dónde está don Alfonso?

–Se ha ido –dijo Exequiel más tranquilo.

–¿Qué me pasó?

–Ha sido un vehículo para los intereses de alguien más, de algo más, señor Padilla, como yo.